

# MI CONFINADO DESPERTAR

Luis Garcia Alucha

**L. G. ALUCHA**

## **MI CONFINADO DESPERTAR**

**COVID-19**

**LA OPORTUNIDAD  
PARA DECIDIR CÓMO QUEREMOS VIVIR**



# Capítulo 1

*Crónica de un confinamiento inimaginable.*

*Crecer en el confinamiento es una opción,  
lamentarse, otra.*

*Tú decides.*

Dejé de fumar... y nada ocurrió.

Animado,

Dejé de beber alcohol... y nada ocurrió.

Más animado si cabe,

Dejé el café... y nada ocurrió.

Empecé a escribir.

Espero que, ahora sí, algo ocurra.

... Al menos, no os deje indiferentes.

Gracias por "leerme".

Para todos y cada uno de los abuelos y abuelas del mundo. Los que están y los que se fueron. En especial para Juan y "la Memé".

Para Cris y su Mamá, una sufre este confinamiento excesivamente cruel para ella y los suyos. La otra, lo contempla, en paz y con amor, desde allí donde esté.

Dedicado a cada uno de los que se han atrevido a leer a este novato e ingenuo escritor, viendo que, a malas (o a buenas) nada va a ocurrir. Me he lanzado al precipicio y también al universo "Amazoniano", eso sí, sin paracaídas y por mi propia cuenta. Ajeno a voces que aventuran fracaso si no te gastas un pastón en asesorías, marketing, promociones o editoriales; Hasta que tú ya no eres tú.

Pido disculpas de antemano por las posibles imperfecciones del escrito. Voces de todo tipo corren por las redes editoriales animando a la perfección de la obra. Casi con susurro amenazante, en algunos casos, te auguran un inevitable fracaso. He decidido publicar, eso sí, con todo mi cariño y atención que se merece quien lo lee y también lo que escribo, seguramente, con alguna errata incluida: algún signo de exclamación repetido, (a propósito, por cierto) alguna palabra que no es exactamente tal cual el Real Diccionario de la Lengua Española dicta como debe ser escrita. Algún cabo suelto quedará, a pesar de mis esfuerzos, pero es que entiendo que somos humanos y la imperfección es humana. Además de auténtica. Así pues, en ella está también la autenticidad. Esta es mi creencia. Espero os guste, o al menos, le deis una oportunidad.

## EL HUMANO SOLITARIO

"Bzzzz... bzzzz... bzzzz." Me pasa a ras de oreja, su zumbido constante. Grave, denso, peludo casi como un peluche terciopelo, rozando la suavidad y la impertinencia a la vez, la osadía y la amabilidad, lo hostil y lo cotidiano. Ese sonido que tanto me había perturbado en mi infancia: "esos abejorros, abejas, tanto daba. Todas entraban en el mismo saco de bichos altamente peligrosos apuntados escrupulosamente en la urbanita lista de "animalejos" a evitar o mejor, a extinguir, si fuera posible: "Esos bichos picaban" y por tanto había que matarlos, parecía lo normal entonces.

"Bzzzz... bzzzz... y otro bzzzz." Uno detrás de otro planean entre las amarillas flores del olvidado jardín.

Alguien habita estos días la casa abandonada que suelen merodear a diario. Una de ellas, con su mirada perpleja y un tanto atónita, al menos

en la mayoría de sus cinco ojos (los otros estaban todavía pendientes de no desperdiciar ni mota de polen) cambia de rumbo repentinamente al encontrarse esa figura desconocida y no habitual. Desconoce qué está haciendo ahí.

Desconoce que se trata del confinamiento del humano, que en soledad afrontará (ahora se da cuenta de que lo hará con ellas como compañía) estos días de aislamiento ante la inimaginable pandemia con la que la raza humana se acaba de topar.

Aquí despojado, por imperativo legal, de sus seres queridos y por el supuesto bien de la humanidad vivirá entre sorprendido, supuestamente atemorizado, y definitivamente culpabilizado, estos días sin fin.

Surgirán inquietudes vitales que muy probablemente, a todos y cada uno de nosotros, nos rondarán estos días por nuestras pensantes, o no, cabezas.

Además de cuestionarse junto con la abeja confinada, muchas de las decisiones que nos vemos obligados a cumplir son bajo la amenaza del peso de la ley por el supuesto bien común. Observando la reacción de la sociedad, de cómo, en algunos casos, este confinamiento saca lo peor de nosotros mismos y en otros, lo mejor.

Entre incrédulo y atónito, entre el bien y el mal, con abejas, algún gato, muchos pájaros, y poco más de compañía está. Eso sí, "por cojones" enfrentándose a sí mismo. ¡Como muchos de nosotros estos días!

ALMA MUDA

Un viernes del mes de marzo de 2020.

Jamás he sentido este silencio.

Silencio fuera.

Silencio interior.

Tan sólo el piar de infinidad de pájaros, ajenos al drama. Un zumbido y otro, y otro más... Un sin parar de constantes zumbidos de rechonchos abejorros, brillantes, negros y amarillos picotean una y otra flor, extrayendo su manjar, también ajeno al drama.

Tono verde salvaje a mi alrededor, plantas silvestres que crecen por doquier en los jardines de la casa que un día fue familiar y hoy vive medio abandonada, también ajena al dolor. Tan sólo yo, inmiscuido en un baño de nostalgia conservo las llaves de la decadente y amada a la vez, torre familiar.

Ahora se suma otro zumbido más: el de las plantas danzando al unísono tras cada una de las constantes, aunque no discretas, ráfagas del mistral "Vent de dalt", como lo llaman por aquí, o cierzo un poco más allá, que sopla hoy, como normalmente suele hacer.

Mistral, también, ajeno al dolor humano de hoy.

Camino entre naranjos, el cítrico abandonado. Un día protagonista del lugar. Hoy las naranjas caen en el olvido debido a la no rentabilidad y se acumulan a cientos a pies de los frutales. "¿Para qué recogerlas si nos va a costar más que lo que nos van a dar?", si hoy las traen de cualquier lugar por dos duros... comentan los campesinos lugareños desconsolados.

Silencio y más silencio. Inaudito por aquí.

Entre los naranjos aparece fugazmente un conejo. Me mira y huye. Ha llegado hasta aquí. Hasta terrenos donde hace unos pocos días ni tan siquiera se hubiera imaginado llegar a husmear. En los caminos que bordean el río, entre la vegetación salvaje de la Ribera, con sus elevados dorados cáñamos y las plantaciones al otro lado del sendero, justo al dejar atrás el querido pueblo que mi abuelo frecuentaba: Xerta.

Ni una sola alma humana asoma, ni tan siquiera por extravío, por las despintadas, de encaladas paredes de la hoy entristecida población. Ni un alma en el sendero. Ni un alma en la Ribera. Ni entre medio. Ni en la planicie, ni en la montaña... ni un alma humana un viernes por la tarde... nada.

Tan sólo animales, que poco a poco se encargan de reconquistar aquel terreno que un día les arrebatamos y que hoy surgen tímidamente, como ese conejo atrevido, al acabar el día.

Extrañados, supongo, de que los invasores hayan desaparecido sin aviso ninguno.

"¿Dónde estarán estos ruidosos humanos?", parecen, todavía precavidos, preguntarse.

"No se les ve, ¿qué estará ocurriendo?"

"Al fin podré cruzar el sendero a mis anchas" pensó el conejo, que no esperaba a ese alma despistada, desorientada que era yo, (como la

mayoría de los humanos) ese primer día de restricciones merodeando en el hoy inhóspito campo.

Ese día en que no todos se lo creían, o mejor dicho, nadie había asimilado todavía. En que no todos los restaurantes cerraron al mediodía. Aunque sí, casi la mayoría, al atardecer. Ese día que no acabo de entender bien bien por qué, nos cogió a todos por sorpresa. Y eso que nuestra vecina Italia ya llevaba un tiempo confinada. Parecía que no nos iba a llegar nunca. Parecía que nuestro país era ajeno, inmune o no sé exactamente qué, pero el caso es que lo veíamos tan lejos...

Hasta que de golpe: Confinados.

Silencio Interior.

Silencio exterior. Nada.

Mudo. Así está mi alma hoy, muda.

Parece que el mundo se detuvo. Ese mundo creado por los humanos, que desconozco si es el mundo real. ¿Real para quién?, porque el otro mundo, ¿el no real?, o quizá con el que no contamos, ése que es tan real como el otro, o más. Ese mundo que podríamos llamar el natural, el que proviene de la naturaleza, ése: ¡se extrañó!, mejor dicho; ¡se acojonó!. Parece seguía su curso, sólo que de repente sin humano alguno.

Animales adentrándose poco a poco en terrenos anteriormente prohibidos. Lugares en los que tan sólo asomarse era sinónimo de destrucción, de muerte: Nuestro mundo, aquel que llamamos mundo real.

Dejaron de sonar esos monstruos ruidosos de brillante metal, que uno tras otro, en un incesante goteo de vertiginoso y veloz rugido, invadía esos interminables senderos artificiales, de aquel negro, denso y pegadizo material que separaba el camino del río y que tanto les aterraba: esos senderos que los humanos llamaban carreteras.

De repente los humanos y sus tortuosos utensilios inexplicablemente habían desaparecido. Jamás algo así había ocurrido, al menos a plena luz del día y antes de que llegara la fría noche.

El conejo podía salir, incluso podía cruzar el asfáltico sendero, sin peligro de que aquellos monstruos que transitaban hasta ayer le aplastaran.

La naturaleza estaba extrañada. ¡Algo grave estaba ocurriendo! No existía presión ninguna. Parecía podía acampar a sus anchas. Aunque la desconfianza generada a base de sangre durante tantos siglos no se lo

permitía, por el momento, hacerlo.

Increíble pero cierto. Frase repetida hasta la saciedad, pero no por ello menos real. Así nos encontrábamos en ese instante. Un giro invertido de nuestra realidad. Los animales encantados, nosotros, sin embargo, no teníamos ni idea de lo que se nos venía encima: El declive, definitivo, de esta sociedad tal cual la entendemos. De esta sociedad que desde pequeño hemos mamado, comienza a desmoronarse.

ELLA SÍ

Lunes.

Paseo por el canal de delante de casa, me escapo tímidamente del confinamiento estricto, que parece aún no he acabado de asimilar. Son los primeros días. Necesitaremos adaptación, digo yo.

Parece que no.

Al despertar hoy, la soledad de la casa me caía encima ya a primera hora. Mi corazón herido se revelaba en busca de expansión, algo de alegría y amor. Amor en un mundo desierto de humanos a simple vista. Y lo encontré, al menos eso me pareció a mí. Las golondrinas me lo dieron. Allí estaban, a tan sólo dos minutos andando entre los naranjos que me rodean, nada más cruzar la vía del tren, en el canal.

Esa mañana realicé el paseo que nunca antes me había propuesto. Siempre anhelando mayores aspiraciones, destinos más sublimes que ese triste canal artificial compañero del férreo camino del decadente tren. Allí encontré la alegría que desesperadamente mi atolondrada huida, dando palos de ciego, anhelaba.

Alegría que justamente tenía a tocar. Estaba distraído en ir mucho más allá, siempre más lejos, cuanto más lejos mejor... sin embargo, este parón me dice de golpe que esa alegría la tenía justo delante de mis narices. En el insípido canal, por ejemplo.

Eléctricas estaban, en contraste con mi estado de aturdimiento matinal de esa mañana confinada, las oscuras golondrinas. Rápidos movimientos, eclécticos diría yo, siguiendo el curso del canal y por el centro del mismo. Primero, en una dirección, para luego seguir tras el rápido giro en la contraria. Así sucesivamente a intenso ritmo

Cientos de ellas, que con sus azulados lomos producían brillantes chispas de luz. Luz en este mundo gris de luto hoy.

Ese chispear me alertó de lo alegre de la vida. Sonidos, cortos y picudos emitían sin parar, constantes y alborotados. Desorden en el orden, porque entre ellas estoy seguro tenían un acuerdo y pactaban sus rutas hasta que cada una de ellas conseguía su propósito: beber en el canal. Ellas me acompañaban y me trajeron la alegría en mi corto paseo.

Hasta que, de repente, mi película se truncó en seco.

Parece ser que un vehículo de la policía patrullando por el límite del polígono y el canal observó a un errático y solitario caminante. De repente, sonidos de tinte metálico y elevado tono emanaban de algún camuflado altavoz anexo al vehículo que, en esos momentos, me parecía cuanto menos, lunar. Sus "libelulares" sirenas de un purpura redondeado me paralizaron y sobre todo, me sacaron a "hostia limpia" de mi bucólico sueño, película, fascinación o "flipe". (Llamadlo como creáis).

-“¿A dónde va usted?”

-Decían esas ondas sonoras emitidas desde el lunar artefacto policial (jamás había visto uno tan futurista) atravesando el canal, posteriormente sorteando los divertidos juegos "golondrónicos" y finalmente aterrizando en mis confinados y ahora acojonados oídos.

Sin tiempo a contestar a aquella máquina de otro tiempo (debía ser que yo llevo muchos años de retraso en el actual mundo, y sinceramente, me hubiera sido difícil hacerlo sin disponer de sus sofisticados mecanismos de emisión sónica).

"Retírese y vuelva a su domicilio".

Justamente en el lado del canal policial, aparecía mi compañera de paseo matutino. Una mujer que acababa de cruzarme hacía nada.

Le propinan un saludo amistoso, eso sí: ventanilla bajada, de viva voz y acompañado de una amplia sonrisa. Algo de repente humano y desprovisto de aparatos acústicamente reprobables para ciudadanos de a pie, como yo.

-“Bon dia. Tot bé?” (“Buenos días ¿todo bien?”).

-“Si, si... tot bé, gràcies agents”.

Evidentemente, yo no estaba paseando a mi perro. ¡Ella sí!



DE "FEST"

"Bip... Bip"...

-"Ei, que Lucrecia hace un concierto en directo a las 20.00 horas en Instagram: ¡Conéctate!", reza un whatsapp.

"Bip... Bip"...

-"Concierto de cuencos tibetanos para conectar con la paz en el mundo y alcanzar la armonía global a las 17.00 horas" (o algo por el estilo), reza otro...

Dejo el móvil en un rincón del gran ventanal que asoma al jardín y lo paso a modo vibración. Demasiados "bips" seguidos.

"Brmmmm...brmmmm...brmmmm", o un sonido similar acompañado de una vibración del cristal del ventanal en el que se apoya el móvil (parece que no he conseguido el efecto deseado al cambiar el modo de emisión acústica. La vibración del cristal complementa esos "brmmmmms" formando una notable sinfonía) El móvil además de vibrar con su sonido de serie parece que también se le añade un ligero movimiento producido por la vibración del cristal, que a la vez ha producido la vibración del teléfono, la que lleva de serie (espero hayáis comprendido semejante lío) lo que hace que se desplace ligeramente... y:

"Crakkkkk", ¡al suelo! (Definitivamente eran mejor los "bips").

Consigo ver el mensaje:

Whatsapp con link de Youtube donde visionar todas las películas ganadoras de algún "Oscar" en la pasada edición.

Mientras tanto, entre tanto meneo, vibración, y algo más: Ha entrado otro:

-"Esta tarde concierto en directo de no sé qué cantautor catalán desde su casa conectado mediante vídeo, o no sé bien bien con qué tipo de las emergentes aplicaciones que surgen estos días, con los demás integrantes de la banda."

Y otro más:

-"No te pierdas el festival "Me quedo en casa" ni sobre todo el

“Cuarentena Fest.”

Supongo que “Fest” querrá decir Festival. Ah, parece que los humanos estamos de festival. No me había enterado.

¿Pero qué está pasando? Tengo la sensación de que nos detienen el mundo exterior, pero nos negamos a aceptarlo, ¿será la inercia? Tras el frenazo en seco tiene que haber ese momento digo yo.

Un sin fin de espectáculos toman posición en el mundo virtual...

Y otro más... “Teatro online...”.

Y el no va más... (otro más, por supuesto). La mega hiper compañía telefónica, líder histórico del sector, nos brinda la oportunidad de disfrutar de las grandes películas de estreno en su canal estrella (y de pago obviamente) de forma gratuita durante este mes. El mes de bienvenida al virus.

“¡Ufff!” decido desconectar el móvil. Demasiada información para mí en estos momentos. ¿Qué es lo que ocurre?, ¿estamos echando de menos ese “stress” diario, el de no parar de hacer cosas, y ahora, en nuestra reclusión, no podemos vivir sin él?

Avalancha de ofertas. Hasta la Opera de Nueva York puedo ver. Muchas ofertas, sin duda, realizadas desde la buena intención. Seguro. Pero en algunos casos se me ocurre pensar:

¿Puede ser que alguna de estas propuestas utilice la pandemia como gancho?, ¿para incrementar ventas o abonados?

“No... no seas mal pensado”, me digo, pero es que a mis oídos suena inevitablemente de la siguiente manera:

“Querido cliente; Estamos ante un problemón de tres pares de narices, y por tanto te voy a regalar mi mejor canal. ¡Qué buenos somos!, ¡qué buena es nuestra compañía!, ¡como pensamos en ti!, pero, sobre todo: Recuérdalo cuando todo haya pasado, a ver si con suerte te hemos enganchado al canal, y...”

¡Bingo! Te tenemos pillado”.

Gracias pandemia, le faltaría rezar al “slogan” de la campaña publicitaria... Pero eso no se puede decir, no quedaría bien ante tanta solidaridad supuestamente altruista.

Así que la tarde pinta de conciertos, películas, teatro, en escenarios por doquier: en YouTube, en Instagram o a través de las nuevas aplicaciones

o redes sociales que estos días surgirán. (Ojo: ¡Negocio a la vista!). Así pues, todos enganchados al móvil, al ordenador, a la super y flamante "Smart TV."

Me pregunto: ¿Qué hubiera pasado si toda esta tecnología no estuviera a nuestro alcance? Desconozco el porcentaje de personas que van a estar esta tarde noche delante de todo tipo de dispositivos, pero pondría una mano en el fuego de que van a ser la mayoría, parece que no haya nada más que hacer. Si no tenemos contenidos en nuestros "aparatos" poco se nos ocurre o más bien nada nos surge.

Yo que tenía la esperanza de que esta desgracia trajera algo bueno, quizá potenciar la comunicación entre las familias, dejar el "stress" laboral por un tiempo y que padres disfruten de sus hijos y a la inversa, no sé, este tipo de cosas; cosas simples, básicas, que se han perdido por el camino de la tecnología, sobre todo en la era del "boom" de las redes sociales. Mucho me temo que mi esperanza va a quedar en eso.

Hoy tenemos más que nunca una oferta inmensa "online". Gratis la mayoría. Tiene la pinta de que nos va a hacer más adictos si cabe. Espero equivocarme. Ojalá.

La sensación que tengo hoy es la siguiente:

"¿Qué vamos a hacer en casa con los nuestros?".

"¡Qué alguien me ayude, por favor!".

"¿Cómo salgo de ésta?".

Y ahí están nuestros "juguetitos" para rescatarnos.

Así me imagino el comedor de casa:

"Smart TV." encendida, Papá viendo la tele, Mamá en el sofá de al lado, móvil en mano con el concierto de la emblemática Royal Opera House (escuchado a través de unos flamantes auriculares inalámbricos) un hijo en el cuarto con su ordenador y el otro, el pequeñito con la tablet que ya no usaba nadie y acaba de heredar, atento y estupefacto ante un programa especial coronavirus infantil.

Yo me retiro a mi cuarto, debo ser de otra generación.

Aunque si es como me temo, me quedo con la mía.

No es por nada chicos. No tiréis este libro si, por casualidad alguno ha caído en vuestras manos. Soy consciente de que sin redes sociales os

cuesta, pero daros una oportunidad. Y otra a mí.

CARRUSEL DEPORTIVO...

¡CARRUSEL DEPRESIVO!

Octavo o noveno día, ya, de confinamiento. No sé bien. He perdido la cuenta, aunque a decir verdad tampoco me preocupa demasiado, ya que esto va para largo y poco o nada vamos a poder hacer. (Al menos los que no somos imprescindibles para tratar de paliar la pandemia). Olé por los que sí, por todos ellos; vaya campeones y campeonas.

Parece que trato de apuntarme al carro de lo que se lleva estos días y voy a tratar de seguir una clase monitorizada de Zumba a través de YouTube. Siguiendo los consejos de mi amiga Bel (un amor que lo está pasando muy mal estos días), voy a tratar de seguir sus pasos (y nunca mejor dicho).

Además, parece los expertos en la pandemia (jamás habíamos tenido un virus así, desconozco cómo se puede ser experto sobre ella, pero si ellos lo dicen...) aconsejan no parar de hacer cosas. Estructurar el día, rutinas es la palabra que utilizan. Bailar también he oído que va bien, sudar, así que, ¿qué mejor que Zumba?

El intento duró apenas cinco minutos. Quizá elegí un vídeo que no era el mejor, o quizá es que definitivamente la coordinación de mis extremidades, ambas: superiores e inferiores, pero especialmente éstas últimas, no es la mínima requerida para, al menos, llegar a hacer uno de los pasos que el fornido instructor marcaba, obviamente acompañado de su séquito de sonrientes seguidoras vistiendo unas coloridas mallas apretadas imitando, cual divas "ochenteras", como si nada, sus ágiles movimientos.

Me resultaba imposible coordinar o prestar atención en la minúscula pantalla del móvil, a la que con bastante frecuencia el reflejo solar me dificultaba todavía más la tarea si cabe, con los movimientos de mis piernas. Sumar las dos acciones me resultaba una ardua tarea que no me motivaba lo suficiente para esforzarme más.

No sólo eso, sino como dicen por aquí: "Me atabalaba".

Así pues, dejé los trastos, me puse algo menos deportivo por vestimenta y

traté de hacer algo de Yoga. ¡Vaya cambio!

No estoy mucho rato, el fracaso del zumba me tiene algo trastocado. Unos veinte minutos son suficientes para desperezar mi cuerpo (y también mi mente) y volverlo hacia su estado habitual, algo más tranquilo que el zumba normalmente.

Noto que el cuerpo me pide paz, tranquilidad, armonía estos días.

Me pongo a escribir. Algo que me relaja y con lo que además me lo paso bien. Aunque parece que no estoy haciendo demasiado caso a los expertos en la pandemia. De momento todavía no sudo escribiendo, al menos hasta ahora.

Me viene a la mente que llevo tres días sin encender el obsoleto televisor que tengo en el comedor, bueno, ni ese ni ningún otro. Ha sido algo que he decidido, básicamente para no emborracharme de noticias acerca del desafortunado evento que estamos viviendo estos días.

Ya encuentro que estoy suficientemente bombardeado con los grupos de whatsapp que no paran, mis familiares y amigos. Y digo bombardeado con cariño, porque ellos son mi compañía estos días, pero con eso tengo más que suficiente. Eso y algo de internet rápido para estar al día. También con mis tíos, que viven al lado mío (su casa también estuvo abandonada, pero hace algunos años la recuperaron y se vinieron a vivir aquí) comentamos como están las cosas, eso sí, de lejos (al menos los dos metros obligados) y muchas veces a través del cristal que separa su comedor con el exterior.

Ellos como la mayoría, creo, de las personas de su edad (por encima de los setenta) no hacen mucho más que ver películas y noticias. Además son de estar en casa, están a gusto. Y claro, era irremediable que ocurriera: la cara de mi tía de repente, saliendo de casa asustada, (era un día de menos pelis y más noticias), más bien diría que atemorizada por primera vez tras los días que llevamos de reclusión, al ver que en Madrid están cerrando pabellones para utilizarlos como morgues, algo alterada me dijo:

-“Luisito (me llama así y me encanta, eso sí; ahora que tengo casi cincuenta años, antes ni de broma): ¡Esto empieza a ser serio!... ¡Esto empieza a dar miedo!”.

Y no me extraña.

En un principio solía leer algún periódico digital, ver las noticias de la noche, o del mediodía si me cogía después de la comida (estos días parece que no hay horarios), hasta incluso me tragué algún programa

“monotema” sobre el virus.

En seguida tuve la sensación de que se trataba, sobre todo las noticias, de una retransmisión en directo de un drama. No era tanto la noticia en sí lo que se trataba, sino que tomaba tintes de algo más cercano al show mediático. Sobre todo, cuando vinieron las inevitables desagradables primeras muertes. Ahí hice un “click”. Percibía se estaban retransmitiendo como si de goles en un partido de fútbol se tratara. El telediario se había convertido, de repente, en el mítico programa de radio deportivo, famoso desde los años ochenta: CARRUSEL DEPORTIVO:

“Atención, señores: Minuto y resultado:

Nos encontramos en el cuarto día de confinamiento, ¿qué comunidad lidera el número de muertos?

Vamos a la capital, que es quien comenzó con más fuerza, aunque parece que últimamente está recortando posiciones la comunidad de Cataluña... Adelante nuestro corresponsal en Madrid:

¿Cómo están las cosas por ahí?”

Y ahí estaba en pantalla la corresponsal en cuestión. Micrófono en mano, caras de circunstancias, seriedad absoluta, mascarilla en mano, radiando en directo en la entrada del pabellón correspondiente, convertido excepcionalmente en hospital de campaña, junto con un par de militares a final del plano, que al darse cuenta de que se emitía en directo lanzaron sus cigarrillos y se colocaron de nuevo la máscara, sumándose así, de nuevo a las tareas de orden y control del gélido pabellón.

-“Muy buenas noches, aquí nos encontramos y las muertes siguen incrementando en la comunidad de Madrid, hoy hemos cerrado el día con ...” (no recuerdo exactamente el número de muertos del día, pero muchos, demasiados. Ya una es demasiado...).

Se comparaba la cifra con la del día anterior, se calculaba el porcentaje de incremento que significaba, se valoraba la previsión del día siguiente y pasaban el turno a capitán general, el centro del show mediático que capitalizaba el presentador de las noticias en los estudios centrales...

-“Gracias Laura (por decir un nombre): tras las pésimas noticias que nos vienen de la capital de España; vamos a ponernos en contacto con Cataluña, allí parece que las muertes están incrementando y pronto van a sobrepasar a las de Madrid si continúan con esta tendencia”. Sólo faltaría añadir: ¿quién se atreve a apostar?, envíe un S.M.S. al número tal... si cree que ganará Cataluña mañana, o bien si cree que el liderato seguirá en manos de la triste capital estos días, entonces marque el código M.F.E. (que significa Madrid For Ever) llamando al mismo teléfono y tecleando la

opción dos. Mientras, surge el número por arte de magia sobre impresionado en la parte inferior de la pantalla del televisor y automáticamente después el logotipo de la empresa "sponsor" de tan emocionante apuesta.

El corresponsal en Barcelona, con cara de pocos amigos, desconozco si era por el estado de desolación que se empezaba a respirar en general, o bien porque todavía su Comunidad no había alcanzado tal desagradable liderazgo (supongo que no, pero en estos días, con tal de obtener mayor protagonismo casi todo es posible), comenzaba a radiar en directo:

-“Muy buenas noches señoressss y señorasssss; aquí en Cataluña las cifras crecen día a día de manera espectacular. Empezó todo algo más tarde, pero con qué potencia señores, ¡con qué potencia! Hoy los muertos han llegado a... (soltó otra descifrable terrible cifra), pero lo peor no es esto señores... parece que hay varios focos localizados en diferentes poblaciones; allí el ritmo de muertes es todavía más espeluznante, crecen a velocidad de vértigo, parece que el foco viene de un entierro que se produjo hace unas semanas en un pequeño y alegre pueblo hasta entonces. De los asistentes, prácticamente el 70% están ingresados hoy... (se busca al resto, también le faltó decir, al igual que añadir la recompensa ofrecida por tan servicial acto en pos de la salud global). La policía, (ya no sé si "Mossos de Esquadra", Policía local, Nacional, me pierdo en esa lucha de poderes) está acordonando la zona. Se prevé un confinamiento total para las poblaciones colindantes: atención, nos comunican que el cordón umbilical, "ups perdón", se disculpa el presentador (debía estar con la mente en otro lugar) el cordón policial es amplio y está ya dispuesto: ya es oficial Igualada está confinada: todos los ciudadanos en sus domicilios desde ahora mismo: nadie va a entrar ni a salir de la ciudad. Trataremos de contactar con los responsables de tal dispositivo en cuanto nos sea posible, retornamos la conexión a estudios centrales.

El presentador de los informativos, desde el plató principal agradece enormemente la primicia. De repente, por arte de magia, a una rapidez exquisita, en fondo rojo con letras blancas surge sobre impresionado el titular en el faldón del televisor:

**MEDIDAS DRÁSTICAS. CONFINAMIENTO TOTAL.**

Otro informativo surrealista podría continuar así: (No muy lejos estamos de ello).

-“Pero atención señores, ¿quién ha decretado este confinamiento?, ¿lo habrán hecho los catalanes por su cuenta?, ¿sin permiso del Gobierno Central? Atención tenemos al Presidente del Gobierno que ha convocado rueda de prensa urgente, será en breves instantes, no se lo pierdan

señoras y señores...

Pide paso el corresponsal en Cataluña:

-Adelante Manel (por decir un nombre muy catalán).

-“Sí...sí, muchas gracias por darme paso...la noticia es interesante: se solicita el confinamiento de Cataluña, que nadie entre ni salga de la Comunidad parece que es la opción. En breve, rueda de prensa...”.

-“Bien señores, les recordamos que nuestro “sponsor” acepta apuestas: ¿quién se saldrá con la suya?, ¿se hará lo que diga el gobierno central?, seguramente sí, por lo que hemos visto hasta ahora, pero... ¿y si de nuevo surge uno de esos guiños de complicidad?”

Adelante, anímense... un poco de alegría y juego durante estos días de aburrimiento y confinamiento.

De nuevo el “logo” de la flamante casa de apuestas sobreimpresa en la parte baja del televisor. Este sobreimpreso es además dinámica. Se va moviendo vaya.

-“Bien señores, eso es todo de momento, tras la pausa publicitaria pasaremos a las Comunidades de segunda división: parece que en Andalucía las cosas van bien (ups perdón) van fatal... los casos aumentan considerablemente, les esperamos: Esto apunta emociones nunca jamás vistas. Ánimo señores.”

Corte de publicidad.

Primer spot publicitario: “Quédate en casa”.

Por supuesto. No queda otra.

Creo que hemos sobrepasado aquel mítico carrusel deportivo y lo hemos cambiado por un CARRUSEL DEPRESIVO.

Vuelven las noticias. Ahora las reales. Un gran gráfico interactivo y multicolor de fondo. Una presentadora impecable va leyendo lo que el gráfico dicta: las muertes al día por comunidad. Los nuevos casos detectados. Cada uno con su color, desgraciadamente tonos rojos son los que imperan, cifras dantescas, números sin sentimiento alguno, cada uno es un muerto, una familia rota, aquí están todos en el montón, todos en un mismo saco en pos de la información, y de paso, del miedo.

Los telespectadores están ahí, en sus casas, en su confinamiento. Tras las noticias, los anuncios y los mensajes agradeciendo lo bien que lo están



haciendo. Pero hay preocupación y más tras cómo llega la información.

La población ha quedado de repente enclaustrada en sus casas, no les queda otra. El otro lado de la moneda es que todos y cada uno de nosotros, además de este drama global, nos va a tocar vivir otro, igual o peor, en la mayoría de los casos: Enfrentarnos a nuestras realidades, a nuestras vidas, a nosotros mismos sin posibilidad de escapatoria. Está todo en nosotros mismos. Se trata de un ejercicio muy potente al que muchos quizá no estamos preparados. En absoluto.

Familias preocupadas por su futuro económico además del personal y vital. Parece que, en este aspecto, el económico, todos vamos a una.

Empresarios y trabajadores asalariados.

Ricos y pobres.

Especuladores y el más honrado entre honrados.

Ambiciosos y acomodados...

Parece que las diferencias de clase social, esta vez, no están en nuestras preocupaciones.

Personas preocupadas por su salud, sobre todo los mayores, es en ellos en quien se ceba este maldito virus en expansión. Y no hay término medio, los ancianos tienen todos los números de no salir vivos.

Y los sanitarios ayudando, jugándose la vida, policías, cajeras y cajeros de super mercados ataviados con rudimentarios guantes y mascarillas de tres al cuarto. Tratando de aguantar día a día. Unos porque es vocacional, lo llevan dentro, pero otros porque no les queda más remedio. Deben aguantar estoicamente a que acabe el día con la espada de Damocles, la guillotina o cualquier utensilio cortante y bien afilado, encima de sus cabezas en forma de microscópico jodido virus, a punto de atacar.

Tienen que sacar sus familias a delante, no les queda otra. Atrapados y desolados.

Y allí está esa caja tonta (hoy en día no es tan caja, ni tan tonta parece, a las "Smart T.V." las llaman hasta inteligentes) dando por saco...

Martilleando constantemente, de manera incesable, día a día, hora a hora, poco a poco su mensaje va penetrando en el interior de los receptivos espectadores. Y, ¡vaya mensaje!

Casi que parecen algo así como:

Las Olimpiadas de la mortandad.

Conspiraciones diversas de cómo se causó el virus.

Acusaciones constantes de unos a otros.

Contando muertos, especulando sobre el pico de la crisis sanitaria, ¿cuándo llegará?, ¿cuándo los hospitales y pabellones estarán colapsados?, ¿cuándo tendremos que empezar a clasificar por edades a quién se va a atender? A segmentar, se empieza a especular: los más sanos primero, deben durar más. Los viejos están oxidados parece que nos digan y por tanto, no vamos a repararlos, que les queda poco. ¿Y qué más da?, nos parece hasta normal, sin darnos cuenta de que el clasificar la vida humana entre vida y muerte no nos corresponde a nosotros, ni a un Gobierno concreto, ni abstracto, a nadie, ni tan siquiera en la peor de las circunstancias. ¿Es qué queremos que sobrevivan los mejores?, entonces, ¿cuán lejos estamos de dictaduras militares, regímenes autoritarios de terrible recuerdo para la humanidad?, ¿de qué estamos hablando?, ¿quién se permite especular así?... Lo estamos haciendo y nos parece hasta normal. Normal a los que no somos todavía ancianos, pero ¿y a ellos?, ¿cómo les estará sentando toda esta información especuladora y gratuita?, este hablar por hablar, sin conciencia ninguna.

Con este panorama, ¿cómo pueden todas estas familias no entrar en pánico? Si es lo más normal. Yo desde luego caería si siguiera a diario la mayoría de los informativos que se emiten. Por lo tanto he decidido ni tan siquiera encenderla, al menos por el momento; ¡Y ya son tres días!

Pero no voy a entrar en pánico, al menos que no sea por la caja tonta... ¡Decidido!

“TOMA REGALLITO

Día doce

Hoy me propuse contar los días que llevamos confinados, más que nada, (por si esto va para largo, que parece ser que sí) poderme situar en el tiempo, tanto yo, como si surge algún posible lector.

Abro la luz de mi mesita de noche con la palabra “pico” danzando entre mis pensamientos, más bien, monopolizándolos. Amenazando seriamente mis deseadas horas de sueño nocturno. Y eso que sigo sin ver la T.V.,

pero el último whatsapp recibido del día acabó con el mensaje: "Cuidado ahora viene lo peor: El pico".

Eran las doce de la noche: ¿Por qué tuve que leer ese whatsapp?, además sabiendo que de quién venía tenía todos los números de tratarse de información alarmante del tema, seguro.

Lo hice porque la quiero y quería saber de ella. Aún a sabiendas que es ella quien más está pendiente de todo esto dentro de mi entorno, aun sabiendo que es quien más sufre y quien más nerviosismo, sin querer, genera... pero como la quiero, quise responderle y tratar de darle un mensaje de tranquilidad.

Desconozco si lo conseguí, aunque lo que sí conozco es que quién no se quedó tranquilo en absoluto fui yo.

Seguía dando vueltas a la cama sin conciliar el sueño. Yo que tantos esfuerzos diarios trato de hacer, sobre todo para seguir el horario solar, aprovechar la mañana con su luz e ir a dormir pronto, no como los primeros días del confinamiento, en los que iba tan despistado. Empecé a molestarme conmigo mismo, "otro día responde por la mañana" me decía. "Deja el móvil a media tarde y no lo mires más hasta mañana". Mil directrices me daba desde el lamento. Y después comencé a enfadarme con ella (injustamente): ¿por qué me envías esto? "lo peor está por venir", vaya mensaje tan destructivo, aunque sea cierto, ya lo sabemos que vienen momentos terribles, pero ¿hace falta irse a dormir con este lema en la cabeza?

No sólo eso, difundirlo por whatsapp a amigos, a grupos de amigos, por las redes sociales, como sea, a la hora que sea... era la gran noticia del día. Todos en torno a eso.

El miedo de nuevo. Aquí lo tenemos. Toma regalito me has dado pensé: "A ver si esta noche sueñas con el pico", "todos soñaremos con el pico", si conseguimos dormir, claro. Porque este mensaje es quedarse con lo peor del día. Sólo faltaba añadir: "Dulces sueños".

Y sí, "el pico", obviamente había escuchado algo hace unos días, como no. Se trataba de la palabra de moda, la teoría de cuándo llegaría estaba en boca de todos. Hay que decir que existían diversos picos: el del contagio de la enfermedad, el de saturación del sistema sanitario, el de muertos. Eso, al menos me pareció entender.

Parece que en esta fase estaba la población aterrada a esperas del "gran momento", el éxtasis, el punto álgido del terror, el terror dentro del terror, el miedo dentro de la pandemia, "el Pico".

Así pues, ya tenemos a toda la población encerrada en sus casas, acojonada a la espera del momento, "a ver si viene rápido, lo pasamos ya... y que no nos toque", tenemos una semana por delante, tiempo durante el cual esos picos se deben alcanzar. Una semana de pánico escénico, de irnos a dormir con estos mensajes desoladores.

Realmente, ¿es necesario? No quiero ni pensar cómo una persona en riesgo máximo puede afrontar esto. No creo que le ayude demasiado.

## EL CONTROL

Parece que no podemos evitar el dejar de controlar todo aquello que se nos presenta. Siento que el humano, como característica principal, después de ser un ser racional, tiene como objetivo prioritario el controlar todo aquello que está a su alcance y más, si cabe todavía, aquello que a a su privilegiado cerebro se le escapa.

Parece que controlar aquello que el cerebro no procesa sea la manera de asimilarlo. De quedarnos tranquilos. Aquello que no entendemos le ponemos un paquete que lo envuelva que sí entendemos y así el asunto entra dentro de los parámetros comprensibles y que hacen que el juego que hemos creado funcione. Que la sociedad funcione.

Ante la situación que hoy nos desborda parece que no nos queda otra más que practicar el control. Lo contrario sería reconocer que estamos perdidos. Que el ser humano es incapaz de asimilar lo que está ocurriendo. La evidencia parece no nos gusta. Además, esto nos sirve para perdernos en mil batallas y discusiones en ocasiones. Estamos en un barco a la deriva sin control. El mando no lo podemos controlar. El timón lo lleva ese maldito virus, deriva total... Pero venga, vamos a tratar de controlar, al menos, esos cabos que siempre quedan sueltos en mitad de bañera (nombre náutico dado a la zona de la embarcación en la que suele estar el timón y asientos que sirven para el recogimiento de los tripulantes) y esos cabos, que en momento de deriva no sé yo hasta qué punto son relevantes (más bien poco o nada) son los picos ahora.

Así que nos ponemos a controlar "el pico", pico entendido como situación en el tiempo cuando lleguemos al máximo número de muertos, cuando no existan más camas disponibles en la sanidad pública, cuando las funerarias no den al abasto, cuando nuestros muertos sean abandonados en momentáneas heladas e improvisadas morgues, tratando que el frío aguante su declive a la espera de poder despedirlos como corresponda. Eso sí, en grupos de tres familiares máximo (al menos en estos

momentos).

Y el ciudadano ahí está, recibiendo día a día, sin apenas cesar, todos estos "inputs".

Parece que queremos saber todo y eso nos mantiene enganchados a la noticia también: qué, cómo y cuándo ocurrirá todo (aunque no tengamos ni idea de qué es todo). Y obviamente, hemos de ser humildes, pero a tanto no llegamos. Hay cosas que se nos escapan. O que quizá no nos hacen mucho bien. ¿De qué nos sirve saber cuándo llegará ese pico?, ¿qué bien nos hace?, ¿qué nos aporta?, ¿tener un día y una hora?, ¿saber exactamente que será en ese preciso instante?

Y yo me pregunto: ¿Y qué valor tiene la hora, el momento en estos instantes?

Ese control, el de estar ahora todos pendientes de cuándo llegará el pico, pero luego será otro acontecimiento, y luego otro...y así sucesivamente, hace que yo y muchos nos vayamos a dormir más de un día con mensajes como el que recibí. Mensajes de alerta, de miedo, "cuidado ahora viene lo peor" y el que no envía el mensaje, se lo queda para él mismo como compañero de sueños.

"MÓNTATELO COMO PUEDAS" ...

Nos dice el virus

Siento esta situación, a nivel personal, como el más bonito de los regalos. (Quizá no me queda otra opción si quiero salir más o menos cuerdo, si algún día salimos y si a dónde salimos tiene algo que ver con lo que habíamos vivido y a lo que estábamos acostumbrados). Es como si me hubiera llevado hacia dónde debo estar. Me ha forzado a correr hacia dónde nunca corro... a refugiarme dónde mi instinto no paraba de pedírmelo a gritos y mi razón los sofocaba con igual intensidad, o quizá (más bien seguro) con mucha mayor... Tantas, que mi ser ni se enteraba. La razón eclipsaba todo.

Este parón me ha hecho pasar más tiempo del que habitualmente paso en la casa olvidada (esa es una de las cosas que me ha regalado). Aquella casa donde mis antepasados vivieron y sufrieron, otra forma de vivir con la que estos días conecto. Labraron la tierra, vivían al son de los días y de las noches, buscaban el refugio en pequeñas cuevas durante las caprichosas y duras tormentas de invierno, así como bajo las higueras en el implacable sol del verano. Donde transcurrían los días sin más fechorías que el ir a buscar, lechera en mano, leche a la vaquería, extraída al momento directamente de la vaca, comer caracoles recogidos de "La

lloma" los días de lluvia, comer los rojizos tomates plantados en verano, la col en invierno, las frutas al calor... esos nísperos dulces y ácidos, tiernos por dentro, tensos y duros en su agrietada piel a la vez... las naranjas y las mandarinas, el olor de sus blancas flores del azahar intenso como nunca al anochecer, el croar de las ranas al atardecer como cierre del día, los dulces baños de verano en las balsas, pozas que alguna de las casas tenían y servían de alivio de los chavales, los baños en el río los días de excursión, la "baldana" de arroz tras la matanza, las tardes de cartas, los días encerrados sin salir por la tormenta, a la luz de las velas y en el silencio, el sonido de las gotas cayendo sobre la tierra mojada cuando la tormenta emite sus últimos coletazos y el día de no trabajar la tierra o en un descanso, el salir a pasear, bien vestidos para la ocasión, arreglados como nunca, saludando a los vecinos más alejados, en un paseo especial. Bromear con ellos, bromear con los chiquillos que se cruzan en el camino, y al llegar a casa preparar esa comida especial, hoy con "pa amb tomata" con butifarra o si hay suerte con un pato cazado en una furtiva escapada a "lo Delta", o una anguila secada al sol y cocinada luego, el "chapadillo" con el que nos deleitábamos... eso sí, siempre estaba ella en casa, esperando con su infinita paciencia, la abuela.

Ella no era de tanto pasear, le gustaba quedarse con sus plantas y esperar a que tú llegaras abuelo, con aquellas flores silvestres que, en el tramo final del camino, habitualmente a orillas del canal, solías recoger y regalárselas nada más entrar en casa. Esa casa que un día fue de sus padres y antes de los suyos. Que construyeron humildemente, que probablemente comenzó como un lugar en el campo donde dejar las algarrobas recogidas durante el día, para luego venderlas a un mísero precio, plantar algunas hortalizas en un pequeño huerto y compartir sonrisas tras el trabajo bien hecho al fin de la intensa jornada de domingo. Luego, con los años, se convirtió en vivienda. Paso a paso, década a década, cada una de ellas un anexo más. Nuevas habitaciones para los que incrementarían la familia.

Así imagino aquí el día a día hace ya unos cuantos años, cuando Juan y Memé vivían, incluso antes... cuando el abuelito lo convirtió en su hogar, o incluso antes, cuando todo era el verde de las hojas de algarrobos y almendros en su mayoría, el marrón de sus troncos y el multicolor de las flores. Cuando se vivía de otra manera. Cuando el asfáltico gris todavía quedaba lejano.

Y este parón me ha regalado pararme aquí, dónde por nostalgia venía a pasar algunos días, ahora realmente me regala encontrarme con mi pasado también.

Así que parece que estoy detrás de mis ancestros en la casa olvidada. Olvidada porque ya pocos o ninguno de la familia le hace mucho caso. Poco o nada a hacer en este trocito de campo dejado y olvidado, para mí celestial. Y poco o nada a hacer en la ciudad que tenemos a tocar,

comparado con las grandes ciudades o con pueblos de costa o turísticos.

Esa ciudad, "La quinta provincia" tan olvidada y tanto o más dejada que mi humilde hogar hoy, sólo que ella lleva tras de sí una impresionante historia. Defensora de Cataluña ante otros Reinos, sus impresionantes muros defensivos, obras maestras de la ingeniería medieval, como las imponentes murallas del impresionante castillo en el que hoy se aloja un precioso parador al que algún turista despistado se acerca. Su casco judío, hoy prácticamente en ruinas, donde se alojan en sus viviendas aquellos ciudadanos, o no, que no son aceptados en otros lugares. Donde viven clases marginadas olvidadas por muchos. Decadentes edificios en su casco histórico que se alternan con algún edificio modernista recientemente restaurado y que brilla con orgullo rememorando la luz del esplendor olvidado.

La Catedral inacabada delante del imponente río Ebro da fe de lo que ha significado esta ciudad. Su impresionante palacio arzobispal, sus conventos desperdigados entre laberínticas calles que acogen diferentes instituciones públicas hoy en día en el que cada rincón tiene su historia. Aunque lamentablemente no importa a demasiados. Quizá, tan sólo a algún nostálgico y melancólico soñador. Soñando en una Tortosa espléndida y radiante, como lo fue antaño y como cada año, en la entrañable fiesta del "Renaixement", en que las calles se visten de gala rememorando tan añorada época, recordando su álgido momento de esplendor comercial.

Un día el río dejó de ser lo que era, el tráfico marítimo perdió peso. La modernidad iba por otras vías, o, mejor dicho, raíles quizá, o carreteras.

La industrialización lo cambió todo, la llegada del tren, de los primeros vehículos a motor. Y ahí quedó, a merced de bien pocos. Unos la abandonaron y otros llegaron.

Los que llegaron lo hacían ocupando edificios destartados que les daban el cobijo dejado atrás en sus países y los últimos, los que se quedaron, sobrevivían como podían. Eso sí, olvidados, muy olvidados.

Y claro, ¿quién va a venir por aquí?, ¿a esta casa? Entre el trocito de verde que poco da y la ciudad que está como está. Casi mejor, dejarlo estar. La ciudad no tiene restaurantes de lujo, o "fashion", o de estilo "underground" (pero sí auténticos y genuinos, y por tanto, muy desconocidos a los forasteros, incluso hoy en día, en la época de la información global). No hay variedad, no hay gran oferta, no hay a penas obras de teatro, conciertos, bares que organizan todo tipo de eventos, galerías de arte para el más "snob". No existe este tipo de divertimento que suele ser el que buscamos la mayoría en unas vacaciones. La ciudad



fue quedando vacía. Emigró la mayoría. Como hicieron los míos.

Siento extrañeza en mi obligado retiro, ya que, paradójicamente siento, que a medida que avanzan los días voy entrando poco a poco en lo más profundo de mí, en mi esencia.

Ignoro en lo posible el mundo exterior, manteniendo tan sólo el imprescindible contacto y voy entrando (cuando me lo permite, no sin esfuerzo) en el mío interior.

Tengo la sensación de que no había tenido el valor de hacerlo por mí mismo. Buscar el momento de estar conmigo, sin tapujos, sin escapatorias, sin trampas, sin engaños, tal cual. Desnudos mi alma y yo.

Porque poder hacerlo, podía. Estaba en mí, en mi voluntad.

Pero la realidad es que siempre me atrapaba en los demás, fuere quien fuere, cualquier excusa era válida: amigos, familia, conocidos, conocidos de conocidos... cualquier excusa era bienvenida para evadirme de mí. Para no verme, para no escucharme. Escuchaba a cualquiera menos a mi niño interior, al que tapaba sus quejas con la primera alma que vagabundeaba por mi aura.

Así pues, esa contraposición de sentimientos me invade, por un lado, el encontrarme a gusto en mi búsqueda, en mi día a día y por el contrario el confrontarme con el dolor que esta epidemia está causando a tanta y tanta gente (y no sólo las muertes, sino el efecto psicológico que hace mella en la mayoría).

Sin embargo, en mí, lo recibo como un regalo en lo personal. Pero qué triste regalo si hay sufrimiento fuera y no tan fuera. Mis seres queridos están sufriendo. Confundido en este sentido. ¿Era necesaria una pandemia para pararme y verme a mí mismo?, ¿no podía haberlo hecho antes?, ¿era necesario tanto sufrimiento? Intentarlo, lo había intentado: retiros espirituales, cursos de auto conocimiento por no hablar de libros, viajes, estudios, coaching, terapias de todo tipo...

Siento que me estoy encontrando mientras el resto del mundo (la mayoría, ojalá me equivoque) está en el sufrimiento. Bueno, parece que la culpa asoma en mí.

Aquí la energía de la tierra en el minúsculo jardín, al contacto con mis descalzos pies, al empezar los días, me infunde su energía, me la inyecta, me da un "subidón" de adrenalina energética, me revitaliza...

Agradezco la lluvia de estos días cuando cae, al contrario de lamentarla como hacía (ya que implicaba no poder salir, o limitar mis movimientos, o mis planes de ocio), agradezco la paz que trae, agradezco también el frío



si viene a pesar de estar en el mes de abril, y amo al sol cuando tras días de lluvia nos regala sus primeros cálidos rayos.

Tan sólo esa radiación, tras unos días encerrado en el interior de la precariedad de la casa, eso sí, con la chimenea regalándome un sin fin de únicos destellos de luz, así como chispas de intenso calor, me conectan con lo básico. Y ello me lleva al agradecimiento, la aceptación con lo que viene, en definitiva: me conecta con la vida.

El transcurrir de los días tal cual vienen, sin más. Y ese sin más, en un tiempo se convierte en algo más. Parece que nada va a ocurrir, pero ocurren muchas más cosas de las que vemos. Es cuestión de paciencia. Porque salen cosas, salen cosas de uno mismo, muchas.

En mí despertó las ganas de escribir. Rescaté un viejo libro que escribí durante un voluntariado en Nepal que tenía abandonado en un cajón (es una expresión ya que hoy en día se guarda todo, o la mayoría en el ordenador, o en la nube los más puestos) y lo acabé. Me dio además el valor para lanzarlo y editarlo (en ello estoy). Despertó las ganas de escribir estas líneas, que me llenan de calma, que me sirven de terapia, que me llenan el día y me vuelan las horas.

Así que no tengo más que agradecer este regalo a la vida. Hoy por hoy así lo estoy sintiendo, así lo veo y así lo deseo a los demás, a todos.

Tratar de aferrarnos a lo bueno, que lo hay. Seguro. No son palabras vacías. Os asegura que quién os habla podría estar hundido en la miseria, si tuviera otro punto de vista. Por supuesto, también, quizá podría estar mejor...

Aunque fácil no lo es, antes de llegar a este punto, este virus nos ha enfrentado de golpe, bruscamente, sin aviso (si lo hubo tengo la sensación de que no quisimos verlo), con toda su mala ostia, con nuestras realidades. A cada uno con la suya, sin tapujos:

-“Toma, cométela; móntatelo como puedas: ¡Si puedes!”, parece que nos está diciendo.

## LA CONFRONTACIÓN

No hay mucho que añadir ya, salvo decirlo por su nombre:

Es una confrontación con toda la mala leche (para algunos) con nosotros

mismos.

Con nuestra auténtica realidad. Sin piedad, además. Alejándonos de nuestros padres o abuelos en pos de su salud, y no de nuestra libertad de espíritu.

Realidad que nos viene dada en muchos casos. Porque, por ejemplo, ya no vivimos en familia como hacíamos hace no tanto. Los abuelos son enviados a residencias, nos independizamos de los padres, nos separamos, divorciamos... atomizamos la familia. Cada uno en su propio espacio. El concepto familia en que todos nos cuidamos ha desaparecido del modelo de sociedad. Viajé hace un tiempo a Nepal, allí observé una de las cosas que más me impactaron. A pesar de la enorme pobreza, viven la familia. Se cuida al abuelo o abuela hasta el final, no sólo se le cuida, se le mimas y se respeta. Es un sabio. Viven todos bajo un mismo techo, en todas las escalas sociales, no sólo en las humildes.

Con esto me refiero a que esta pandemia nos enfrenta a muchas cosas, a hábitos de vida. Costumbres sociales, nos pone un espejo delante nuestro. Esto es lo que hay. Esto es lo que tienes, no hay otra. Te guste o no.

¿Quieres verlo?, ¿estás dispuesto?,

¿seremos capaces de quitarnos la máscara ya?

Nos lo han puesto a huevo.

¿Seremos capaces de quitarnos las gafas con cristales mágicos que miran la realidad que sólo nuestro Ego quiere ver?

Es la ocasión. No la desperdiciemos.

Saldremos mejorados si queremos, a pesar del dolor y de lo duro que está significando todo esto.

Seguro.

## LA CABEZA POR LA VENTANA, CUAL GALLINA ENJAULADA

Hoy cojo la bicicleta, salgo del confinamiento momentáneamente en busca de algunos víveres al lugar más cercano. El mercado de la ciudad olvidada, a escasos tres kilómetros de casa. Siento en la cara el aire, hoy,

me parece más puro de lo habitual. ¿O serán imaginaciones mías?, no sé. Quizá influya el hecho de mirar al cielo azul hoy y no ver infinitas trazas de esponjoso blanco queroseno, que una vez quemado y en contacto con la atmósfera tras salir de las turbinas del avión correspondiente, marcan a fuego el lienzo azul celeste. Mirar al cielo y no ver esos algodónados caminos cruzándose entre sí, quizá me influye.

Lo hace también el hecho de que a penas me cruzo vehículos por el camino. Lo hace también que percibo sonidos normalmente ocultos tras los estridentes ruidos de motores.

Sea como sea, el aire me parece mucho más limpio que de costumbre.

El primer tramo transcurre a la derecha del canal izquierdo del Ebro (complicado, pero así es). En breve me adentro en la ciudad, unas cuantas casas, la estación de tren con su férrea torre y de un gris azulado, con su amplio depósito en lo alto. Sigo por el carril bici, me adentro en el parque, dejando la vieja locomotora negra intenso, recién pintada, a mi derecha. Esa locomotora que tenía el mágico poder, en mi infancia, de hacerme soñar despierto, y a la que subía por sus estrechos eslabones de acceso al interior de cabina y a pesar del olor a orín de gato, cerraba los ojos, me agarraba a la palanca y soñaba con manejarla, conducirla, adentrándome en selvas tropicales, cruzando puentes colgantes, recorriendo la estepa siberiana, atravesando la enigmática India... por muchos países viajamos mi imaginación y yo con esa locomotora que ahora dejaba atrás. Hoy ya no se puede subir a ella. Totalmente restaurada, orgullosa muestra a los cuatro vientos sus pasados andares, eso sí, con la puerta sellada por una placa de negro acero, acorde con la estructura original para no desentonar. Ahora ningún niño puede subir y soñar como hice yo. Una inevitable sonrisa siempre acude a mis labios al pasar por su costado...

Cruzo el parque entre sus altos pinos, alguno de ellos con el hueco de la huella que alguna bala olvidada durante la guerra civil en su tronco dejó. Atravieso su estanque modernista. Saludo a la "Cucafera", expuesta tras la vidriera en la antigua "Llotja". Esa "Cucafera", que en fiestas atiborran de petardos colocados en su "cocodríllica" alargada y verde boca para luego explotar entre danza y danza. Esa "Cucafera" que la tradición dice viene de una tortuga gigante que pescadores encontraron en la desembocadura del Ebro embarrancada, atrapada y que impresionados quisieron reproducirla para sacarla a la calle en la celebración del Corpus. Hoy en día se ha convertido en símbolo de Tortosa y de alguna otra ciudad más.

Hoy su forma es entre cocodrilo rechoncho y tortuga de faz estilizada. No sabría definir exactamente, pero a mí me tiene enamorado desde que la

conocí.

Por eso siempre, tras dejar atrás la vieja locomotora cruzando el parque, trato de pasar a saludarla.

Ya de paso saludo también a los gigantes que le hacen compañía tras los cristales de la impecable joya gótica de "la Llotja". Los "Gegants Cristians", Rufo y Rubí, de cuatro metros de alto y bastante "fuertotes", los "Gegants Àrabs", éstos un poquito por debajo de los cuatro metros, pero igual de pesados o más, Nabil y Zoraida tienen por nombre, y Caxixa y Bonjhua, éstos sí, los más bajitos y ligeros representando, aun así, a los gigantes judíos. También están los "Nanos", el polo opuesto a los "Gegants", grotescos y divertidos, pasan eternas horas de silencio confinamiento, expuestos a las miradas de curiosos paseantes hasta el día de la fiesta, en la que, al fin, todos tomarán a las calles.

Y llego al río, está justo ahí, al cruzar la avenida tras dejar atrás a mis amigos de infancia. Lo cruzaré a través de ese colosal puente de hierro que tantas veces la vieja locomotora cruzó. Hoy convertido en salvoconductor de bicicletas y peatones para acceder al otro lado de la ciudad. Pintado de un potente rojo, resalta y choca. Estridente, como queriendo rememorar su histórico pasado llama poderosamente la atención.

Ya a los pocos pasos el aire empieza a cambiar transformándose en ligero viento. Toma fuerza. Viene siguiendo la dirección que lleva la verde agua. A medida que avanzas por el puente se intensifica. A mitad de puente adquiere su máximo esplendor y toda la energía del río parece impactarte de pleno. Pararse ahí en medio, colgando sobre el cálido río, con las montañas "dels Ports" secas e implacables, duras y bellas a la vez, a mi izquierda, delante la ciudad con su Castillo y sus murallas al fondo es un momento mágico y único.

Cada vez que vengo a Tortosa, lo primero que trato de hacer, sea la hora que sea (de noche iluminado está espectacular) es cruzar ese puente. Me parece maravilloso.

Desciendo del puente a través de la rampa de bicicletas, me adentro transitando a través de las desérticas avenidas en soledad. Ni tan siquiera aquel anciano que habita a la intemperie, junto a los contenedores de basura, concretamente entre ellos, la ribera y su verdor (aunque hoy en día repleta de plásticos y desechos) se encuentra hoy aquí.

Transito paralelo al río, hasta que en un momento giro a la izquierda, adentrándome así, en uno de los barrios de la ciudad de aire humilde. Hoy en día la ciudad ha acogido a muchos inmigrantes que mantienen sus costumbres. Este barrio, en su mayoría, está habitada por ellos. Alzo la vista y los veo. Alguno asomando su mirada a través de las ventanas,

otros sentados en los balcones en sillas desmontables colocadas para la ocasión, mucha ropa tendida, mujeres con negros velos dejan entrever tan sólo sus ojos reprimidos. Los edificios son "setenteros" la mayoría, aunque alguna vieja casa señorial asoma tímidamente entre muros de hormigón.

Pequeños balcones, casi minúsculos, en la mayoría de los edificios. Propio de la construcción de la época en que se primaba la funcionalidad y sobre todo la rentabilidad, cuantos más pisos en una planta mejor, cuanta más gente apretada mejor. Balcones los justos. Parecían no querer desaprovechar espacio bajo techo los edificios construidos en esa época para clases sociales de no elevado rango.

Dirijo mi mirada hacia otro edificio, éste de puro gris, hormigón en su más estricta esencia. Rejas en la planta baja. En la segunda, en el balcón (no hace falta insistir en sus dimensiones) una mujer envuelta en un rojo albornoz apoya sus aburridos antebrazos en la roída barandilla, su pecho ligeramente sobrepasándola, observa la novedad del momento (ese ciclista que soy yo) exhalando el único aire fuera del confinamiento que puede exhalar.

Amplío la mirada, la hago grande. Abarca ahora al resto de edificios, es una mirada más global, no focalizada en un sólo balcón, en una sola mujer, no, ahora se trata de tomar distancia y observar el conjunto. Y es con esa mirada que veo que son muchas las personas que están fuera, en los balcones, coloridos reflejos tras grises fondos, estáticos la mayoría, observando.

Mi mente inconscientemente y a velocidad punta, compara esos edificios con jaulas. Me vino así, tal cual. Y cada una de las personas, semejabán gallinas, cada una con su pico, sus ojos, su cresta. Con sus miradas perdidas en el infinito, con indicios desesperados de búsqueda de libertad, deseando salir de la jaula en la que ha convertido su hogar.

Confinados y enjaulados por unos días, quizá meses. En jaulas que son hogares, o hogares que son jaulas ahora. Tal cual gallinas asomando sus cabezas entre reja y reja. A eso me traslada mi pensamiento y en el sufrimiento de esas gallinas, las reales, sacrificadas para el exceso consumo de carne del insaciable humano, y las otras, las humanas, sacrificadas veremos para qué... de momento con la excusa del bien común.

Veremos cómo nos afecta y si no acabaremos también nosotros en el matadero.

## DOMINGO DE PASCUA

Ni me acordaba, parece que definitivamente pierdo la noción de los días, el momento en el que estamos, la hora en que vivimos y ahora parece que también los días señalados.

Hoy mis alegres vecinos han organizado un "vermut" musical especial confinamiento. Casi me lo pierdo.

Ellos, alegres músicos en sus horas de ocio querían compartir con nosotros algo de su alegría. No dudaron en subir tres enormes altavoces al terrado de la modernista torre en la que viven. Comprada hace ya años, en ruina absoluta, a mi moderna tía abuela (nunca mejor dicho). La han dejado preciosa. Ellos dos, mano a mano, sin saberlo, han dado vida a nuestros recuerdos de infancia. A mí que la disfruté como lugar de aventuras, entrando en sus cuartos devastados y ya invadidos por ramas de los vecinos arbustos. Levantando polvo al mover las roídas puertas que apenas se sostenían ya en pie y descubrir enseres abandonados, sin alma para quién lo dejó al olvido y con toda para mí hoy. Tesoros que me embaucaban, refugio de mi temprana soledad.

A mi tía y a mi madre supongo que también. Ellas sí que la disfrutaron en pleno esplendor, aunque poco cuentan de esa época. Esa casa quedó en el olvido para hacer una más moderna, que no modernista, en la que estoy y que, después de estos días, todavía más si cabe, no voy a permitir caiga en lo mismo. No voy a dejarla caer.

La casa ahora, la modernista y restaurada por los simpáticos vecinos, es de un rosa asalmonado, restos de "trencadís català", blanco, azul y algún trazo amarillo todavía quedan en el jardín, en las banquetas, en los inmensos jarrones del que un día debió ser un jardín de ensueño, en la pérgola.

Un amplio ventanal deja al descubierto parte del interior de la casa a mitad de fachada. En la parte alta, llegando a la azotea una cenefa también de "trencadís". Ésta perfectamente conservada, también en azul y blanco, hace de faldón y las presentaciones de la barandilla de hierro de la época que protege a los emocionados músicos que ya están ahí.

Cervecita en mano, gorro estilo John Lennon, de ropa tejana, colocada medio de lado le da a ella un estilo que desconocía, aunque sospechaba. Él prepara el sonido del evento para que esté a punto. Parece que nos van a dedicar un momento de alegría entre vecinos. El concierto va a empezar. Empiezan a salir curiosos a las terrazas y balcones. Ya estaban avisados, es más, quién quería podía elegir una canción. Así que ya se había preparado una lista con las canciones con las que nos iban a

deleitar.

A partir de hoy, parece que los domingos, nos van a traer un momento de solidaridad, pero sobre todo con nosotros, con el espíritu de mantenernos unidos, aunque sea a través de la distancia, de cruzar nuestras miradas entre balcón y balcón. Los más atrevidos lanzan mensajes lo más fuerte que sus apagadas voces le permiten al aire, mensajes de ánimo, de que ya queda menos, de que esto se acabará, de gracias a Mikel y Anny por unirnos de alguna manera, por hacer que nos veamos las caras y descubramos nuestras almas.

Luce el sol, música entre el pjar de los pájaros, los vecinos se han ido animando y alguno brinda a lo lejos con su botellín de cerveza en mano. Las mujeres mayores del barrio se asoman incrédulas a sus ventanas, alguna incluso la abre ligeramente, no demasiado, que no sea que un golpe de aire, cargado con alguna bacteria que no es bienvenida hoy les haga caer en un constipado no deseado. Y aplauden, cierran la ventana y se retiran a su soledad de nuevo.

Los niños, testigos mudos de lo que está ocurriendo, parecen no entender muy bien, encajan como pueden la situación. No entienden por qué no pueden bajar a la calle a correr, a perseguir a sus hermanos, a correr detrás de una pelota, a retorcerse por la tierra como solían hacer los más pequeños, ¿qué hacemos todos en los balcones escuchando esta estridente música? Cada uno, definitivamente lo ve a su manera. Hoy sonrín y más, al final del concierto, ya que su colofón fue el cumpleaños feliz para Paula, que a lo lejos pude ver junto a su mamá, por lo que me pareció, atónita ante la manera de celebrar este año su aniversario.

Los domingos de concierto se van a convertir en momentos esperanzadores parece.

Nos van a recordar que estamos ahí, que somos humanos, con necesidad de tocarnos, abrazarnos, vernos, sentirnos, reírnos, y que además de humanos, isomos mamíferos!

Acaba el concierto y el grito ahora es unánime, desde las azoteas se pide el clásico bis, (aquí era un "otra, otra... otra") que obviamente fácilmente se concedió.

Era la canción número trece, creo recordar, y fiel a la fama del número que ocupaba, a mitad de canción, en pleno momento de emoción y alegría, un atómico coche policial entra por la calle de tierra que da a la entrada a la casa concierto hoy. Se para en la puerta. Tres policías van en su interior (creo que, saltándose la normativa, tres en un vehículo juntos, aunque desconozco si afecta también al ámbito policial, quizá no, y menos en momentos de emergencia, como sin duda parecía el que estábamos viviendo). Los tres bajaron y debieron llamar al timbre, porque la música



cesó bruscamente. De nuevo el silencio, ni el piar ahora de los pájaros, que debían estar también atónitos. Mikel bajó a través de las escaleras de caracol, lo vi a través de la ventana de su fachada. Luego ya no puede ver más, la casa me tapaba el lugar donde presumiblemente se estaba dando el aviso.

En tres minutos Mikel estaba de nuevo en el terrado.

-“S´ha acabat això Xiquets, res de concerts.”

Iba hablando con su pareja y conmigo que era a quién tenía más cerca. Para los más alejados les hacía señales, indicando como podía, que era el fin y que no había opción.

Luego, tras recoger el montaje nos explicó en el whats de grupo:

-“Molestem a algú veí que ha trucat a la policia, no es poden molestar als veïns. No hi haurà més concerts. Em sap greu”.

(Traducción express: Molestábamos a algún vecino y no habrá más conciertos. Lo siento).

Esa misma noche, escuché en el canal de TV local, “Canal 21”, creo que es, o canal “Terres de l´Ebre” (a estas alturas he decidido que se trata de los únicos canales que voy a seguir, al menos en el seguimiento informativo y la única televisión que voy a ver, dicho sea de paso, ya que su autenticidad es brutal. Me pasaría un buen rato explicando anécdotas de esta cadena durante estos días, quizá en algún momento lo haga), como el alcalde de una localidad cercana felicitaba con gran entusiasmo por el espíritu de la gente, por la fuerza de voluntad, pero sobre todo hacía referencia a un hecho en especial: la iniciativa vecinal era increíble: se estaban organizando conciertos con música (en directo en ese caso) desde la azotea de alguna casa. Eso daba fuerza a los vecinos y animaba a seguir con ese espíritu a la ciudadanía.

Desde luego, ese no era el vecino que había avisado a la Policía que vino a clausurar el único evento social de la semana en nuestro minúsculo barrio de “La Lloma”, a las afueras de la ciudad.

Cuan disparatado parece todo en ocasiones, cómo de diferentes son las cosas incluso con las mismas normas. Un alcalde felicitando a sus vecinos por subir a la azotea a infundir alegría vecinal y otro, o sus secuaces policías, a escasos veinte kilómetros, a punto de denunciar formalmente por hacer exactamente lo mismo. Así somos los humanos, sus reglas y sus arbitrarias interpretaciones.



En cualquier caso: gracias, Mikel y Anny, unos cracks.

## HABLANDO CON LA MOSCA

Pues sí, definitivamente ya he llegado a este punto: ¡Ya hablo solo! Si me dicen además con quién entablaba esa conversación hace apenas un mes, no daría crédito, es más, seguro estaría de empezar a enloquecer.

Alguno de mis amigos cuarentones (en mi rango todavía, aunque por poco tiempo, por eso aprovecho), condenado ya a su indeseable, pero cotidiana soledad, tras un par de copas de vino y en plena alegría expresiva, ya me había puesto en antecedentes: él ya en ocasiones en casa hablaba sólo. Incrédulo de mí, poco sospechaba que tal, a mis ojos del momento, esperpéntica situación vivida por mi amigo, en breve la iba a soportar en mis carnes.

Y aquí me encuentro, dirigiéndole mis indicaciones a viva voz a esta mosca que se ha colado en el comedor. Y no una cualquiera, no, una de esas grandes, feas y obesas, peludas y negras. De las potentes vamos, de esas que tal cual ves ya maldices y rezas para que no se acerque demasiado. De esas que tan sólo su zumbido produce escalofríos. No cesaba de chocar contra el cristal de la ventana. Una y otra vez, de frente, tratando de llegar al jardín que la mosca tenía a tocar y veía delante de sus narices, pero algo le frenaba una y otra vez. Cómo no sabía de la inteligencia humana, de su inmensa capacidad creativa, por su puesto: trataba de huir.

“Pam, pam, y pam”, a la vez que “bzzzz, bzzzz” y yo tratando de concentrarme para escribir algo interesante en ese soleado día. Y venga un poco más... “Pam, pam...” sin parar. Y dale, y la mosca no se le ocurría dar marcha atrás, ¡qué va!, ¡para nada! Si tenía la puerta al lado, estaba justo ahí, pero no había manera, dale que te dale... golpe tras golpe. Hasta que en un momento me empecé a preocupar por la mosca. Se estaba pegando unos tremendos golpes. Sí, sí, a preocuparme por ella. Por una mosca, y además de las potentes. ¡Uffff!

Me levanto decidido, abro la puerta de par en par, le doy vía libre a la libertad. Me sorprendo a mí mismo; desde lo más profundo de mí y con una naturalidad absoluta mis labios emiten sonidos sin que mi mente acertara a divisar interlocutor conocido y si lo hiciera, el único posible sería ese flamante receptor volador, despreciado en la mayoría de las circunstancias y con la mayor de las probabilidades, mi mente ordenaría

cargárselo en lugar de darle indicaciones de cómo debe proceder.

-“Por aquí mosca, sal por aquí”.

Desconozco si poseen algún instinto especial este tipo de insectos, pero tras pegarse un par de golpes más, intensos como los anteriores o incluso todavía más, secos hasta el punto de hacer vibrar el cristal de la ventana, cambió de rumbo tras dos zigzagueantes giros, justo después de dar media vuelta, dirigirse hacia el centro del comedor y tomar rumbo directo hacia el chorro de luz cegador que junto al torrente de aire fresco entraba por la verde puerta, ahora abierta de par en par.

Y salió a toda pastilla.

-“Luis, ¿estabas hablando con una mosca?, mira, que hables con un perro, que te hace caso, con un gato, que quizá te haga caso, pero con una mosca, ¿en serio?”

Será que ya llevo tres semanas así, sin hablar a penas con nadie, además, no estoy muy proactivo con el tema de estar con vídeo llamadas grupales, que es una lícita alternativa a combatir la soledad, o a no olvidar nuestras sanas prácticas sociales. Desconozco exactamente por qué, pero me da la sensación de que aquello que antes prácticamente criminalizábamos: todo el mundo enganchado al móvil, hoy, lo idolatramos, está en el altar de nuestra salvación. Menos mal de las tecnologías, nos están salvando. Todos enganchados a nuestros aparatejos. Qué guay que me compre el modelo 11 de la saga de las manzanas antes del confinamiento debió pensar más de uno: hoy estoy en todos los saraos con este pedazo de móvil...

Pues yo no, no he asimilado el cambio tan rápido, a mí me cuesta más. Debe ser que esta sociedad virtual no va demasiado conmigo. El otro día me dijo una amiga por whatsapp:

-“Con mis amigas nos quitamos el moño una vez a la semana, los jueves normalmente, nos maquillamos, nos pintamos, nos ponemos guapas y ahí vamos, de videollamada en grupo: mola”.

Debe ser que prefiero el tú a tú, aunque sea con las moscas, incluso con la más fea.

El tema de la mosca me ha dejado tan preocupado por mi estado mental, tanto que me planteo socializa algo y considero seriamente la posibilidad de incorporarme a una de las próximas reuniones de grupo por “Zoom”.

Pero ¿me tendré que pulir esta ermitaña barba de casi un mes?, ¿tendré que cortarme estos pelos, o al menos ordenarlos algo? Me doy cuenta de no haber tocado un peine en un largo tiempo (iducharme sí que me

ducho, eh!). Ahora que me miro en el espejo, las cejas han crecido. Pelos surgen en dirección norte (hacia arriba) como electrificados por la situación. Coño, hasta de las orejas salen pelos. Vamos, me doy cuenta que no había parado delante de un espejo desde épocas ... "antiviruvianas".

Mucho me temo que, llegada la hora, la única conferencia que voy a tener esta noche será con las impecables estrellas que casi cada noche me acogen. Quizá esta noche hable con ellas en lugar de a través de la pantalla de mi viejo teléfono, creo que de quinta edición, ahí me quedé parado. Pese a quien pese. También me quedo atrapado en mí, al menos hoy.

-“Esta soledad, o te entierra o sales de ella más fuerte que nunca. O loco de remate Luis”.

Soledad ante todo, ante tus luces y tus sombras, ante grandezas y miserias.

Nada a hacer fuera. No puedes hacer nada con nadie. Te lo has ganado. Te toca lidiar contigo mismo. No hay otra.

Tienes la opción de evadirte, mil series televisivas en mil potentes plataformas que son “lo más”. Pobre de ti si no sabes cuál es la serie en auge estos días, miles de distracciones para no mirar en ti mismo, para no ver que crecen pelos en tus orejas, pero, sobre todo, para ver que también crecen pelos en tu alma, pelos que te atrapan y que ahora la vida te pone en bandeja las tijeras podadoras. No desaproveches la ocasión.

PÁNICO: “Se piran a la casa de verano”

“TUNTUNTUNTUN...TUNTUNTUNTUN”....surgido de la nada, de repente, desde el silencio más absoluto aparece este sonido brutal.

En breve, desde el grupo del barrio de whatsapp empiezan a subir fotos de ese helicóptero sobrevolando en círculos las torres pareadas de la zona: “¿Qué ocurre?, ¿alguien lo sabe?”. Suena al cabo de un rato con un nuevo whats. “Este bicho no se va de aquí y lleva parado sobre las casas un buen rato. Va de casa en casa”

Joder, ¿me tendré que esconder?, pienso. ¿A ver si están grabando desde el aire a las familias que se han saltado el confinamiento tras la semana

santa? ¿A ver si me graban con una de esas cámaras que te cogen al detalle desde alturas inimaginables? ¿A ver si piensan que soy uno de ellos? Yo no estoy empadronado aquí. Pero paso temporadas en la casa abandonada, trabajo en verano en las baleares y mientras, estoy entre Sitges y aquí. Hoy he leído que nos van a dejar pasear de dos en dos, aunque tan sólo a los empadronados; ¿no podré pasear yo?, ¿me multarán?, ¿me escondo en casa?

“¿En serio?, ¿así estás? ¿hasta este punto ha llegado el miedo?”. No me lo puedo creer.

El miedo me ha invadido por momentos. Me justifico sin parar. Vamos, ¡que hasta me iba a meter dentro de casa!

Y no me extraña, acabamos de pasar la Semana Santa, y más o menos poco se ha vivido un linchamiento social. Todos aquellos que se han ido de sus casas en familia, escapando de estar apretados, sin poder respirar en pisos oscuros de las ciudades, con sus hijos muchos de ellos sin poder salir, a sus segundas residencias, parecen el blanco de todos aquellos que no hacen lo mismo. O porque no pueden, o porque no quieren, o por lo que sea (quizá el machaqueo constante sobre confinar a la masa como único remedio a la pandemia puede ser una opción).

Las redes sociales están cargadas de comentarios en contra de todos ellos. Me da la sensación de que está situación lo que consigue es sacar lo más oscuro de nosotros, en ocasiones. Insultos por todos lados, el que menos “desgraciados” hasta “hijos de puta”. Hay hasta quien se presta a llamar a la policía, también a animar a los que sospechan de algún posible intruso por sus veraneantes barrios a que también lo hagan. Indignación de unos y de otros. Parece que esto nos lleva de nuevo al confrontamiento.

Quizá el siguiente paso será marcar con una cruz las casas de aquellos que se han saltado las normas del omnipotente Estado del supuesto Derecho. Ya poco nos quedaría para estar cerca de momentos terribles para la historia, como cuando vecinos se delataban unos a otros.

Me horroriza tanto más, esta reacción que está surgiendo, ante personas que son eso, personas y como humanos tienen derecho a tener miedo a equivocarse y escapar. Esa reacción de odio y ataque, de persecución. De quién está en el bien y quién está en el mal. Los buenos y los malos. La fragmentación social desde el odio y la rabia.

Y no justifico a los que se han ido a sus segundas residencias. Digo que todo el mundo puede en un momento sentirse mal y tratar de hacer algo para solucionarlo. Si tiene una segunda casa, ir ahí con los suyos. Se equivocará o no, no lo sabemos. ¿quiénes somos nosotros para saberlo?,

¿será quizá que tanta información nos está condicionando?

Y tampoco quiero culpabilizar a quién denuncia lo que estima un comportamiento incivilizado, nada ético y que sobre todo considera que pone en riesgo su salud y las de otros. Actúan como pueden, como saben, y quizá tanto ruido exterior les afecta, les despierta instintos y emociones profundas que día tras día tratan de contener para poder afrontar la situación. Es normal que en un momento tengan que soltar. No es fácil para nadie, ni para los unos, ni para los otros. Somos todos humanos, cada uno con nuestro carácter y nuestra mochila.

En tres días resucitó... ¿y nosotros cuándo?

Hoy, según la tradición cristiana, Jesucristo murió en la cruz y curiosamente también hoy rezamos (cada uno a su manera y a su religión si la tiene) para no caer en la "cruz" del coronavirus.

En tres días resucitó, rezan las escrituras.

No creo que nosotros tardemos lo mismo. Eso en el caso de que llegemos a resucitar, que todavía está por ver.

Y de tres días nada, serán si acaso, tres meses. Tres meses para tratar de acercarnos a la vida que solíamos llevar. Ese va a ser nuestro resucitar.

Volver a un día a día espero que mejorado, con mayor conciencia, con la sabiduría que seguro este trago nos puede aportar si no dejamos que nos paralice el miedo, ¿cómo hacerlo? Pues con algo sencillo y a la vez tan complicado: con amor, con compasión y definitivamente con fuerza interior.

El valor y la fuerza que ha rescatado este virus y que está en nosotros, sólo que no lo sabíamos. Pero está ahí, siempre lo ha estado. Depende de nosotros sacar lo mejor de nosotros, de nadie ni de nada más. Aprovechemos la oportunidad.

### 13... SEGUNDOS

Me dice mi madre por teléfono: "Ya sé que no eres muy devoto (por no decirme directamente que no lo soy en absoluto y evitar entrar en el eterno conflicto), pero hoy voy a ver el "Via Crucis" desde el Vaticano que emiten en directo por televisión. Este Papa es maravilloso, a ver cómo lo hacen este año. Si te animas ya lo sabes. Este Papa suele predicar con el

ejemplo y dice cosas muy sabias”.

Y me animé. Su sutil manera de decírmelo, y sobre todo el cariño con que lo hizo, no me permitía hacer lo contrario.

Encendí el televisor, aunque algo más tarde de la hora de inicio: Plano lejano en el que en la oscuridad se divisa una inmensa vacía plaza. Un gran obelisco en el centro de esta. El plano se va acercando de tal manera que la dominante negrura se ve salpicada por el impoluto blanco de la impecable vestimenta Papal. Figura solemnemente erguida delante del otro personaje que le acompaña: un metálico micrófono de pie, que, ante lo inhóspito del lugar, tomaba protagonismo.

Un grupo de personas, clérigos supongo por sus vestimentas, a cierta distancia, daban fe del evento “in situ”, con su insólita presencia.

Transmisión a nivel mundial a través de aquellos canales más afines a la causa. De la emisión en directo (en España el directo fue a través, curiosamente y supongo excepcionalmente, de la televisión estatal) o de su difusión y amplia información. Canales que, al menos en nuestro país, suelen ser, aquellos de moral más estricta y formas más convencionales y en muchas ocasiones los más intransigentes.

Estos canales combinan su programación entre programas debate de cierta exaltada crítica a la desconcertada, según ellos, actuación del gobierno en la gestión de la pandemia, pero ¿qué país tiene claro qué hacer ante una situación de este calibre? Ante algo tan nuevo, parece normal que nos pueda sobrepasar. De hecho, está pasando en la mayoría de los países afectados, aunque hay excepciones que luego comentaré.

Crítica y más crítica desde el cómodo plató. En la búsqueda del mínimo error para hundir al adversario, político en este caso. Siempre afrontándolo todo desde las trincheras. Tengo la sensación de que lo único que consigue es animar a la crispación, que tan poco ayuda en estos momentos, de sus fieles e incondicionales devotos. A ver si aparece la rabia y nos cargamos al “coletas” y a toda “esta panda”. A ver si al menos esta desgracia consigue que derrotemos a estos “progres”.

Y no estoy defendiendo un partido político, tan sólo expongo la actitud de criticar como única salida del enfado e impotencia que algunos ejercen estos días.

Sin embargo, cuando cambian el escenario político por el religioso, el mensaje que dan a la cristiandad, que ellos asumen representar, por ejemplo, en la información sobre el Papa de hoy, parecen representar algo en el extremo opuesto. Ahí recuerdan la bondad, la compasión que el Papa trató en su discurso (homilía en términos correctos, creo) recordando a aquellos que todavía hoy se encuentran sumidos en

despiadadas guerras como la de Siria. Llamando a la paz y a la serenidad. Justo aquella de la que carecen en sus álgidos debates políticos.

A mi entender, no existe cadena con mayor desajuste entre lo que predicán y su actuación. ¿Dónde ponen en práctica esa moralidad que presumen representar?, en la política desde luego no la veo, o quizá sí, pero tan sólo con los suyos y eso ya no va en consonancia con la igualdad que su líder espiritual pretende transmitir. Incoherencia absoluta.

Predicando la religión de la paz y, sin embargo, fomentando el conflicto social. Y más ahora, en el peor de los momentos.

Por las mañanas tenemos la misa en directo, sin embargo por las tardes, el prime time, la hora de máxima audiencia, esa va llena de cálidos debates mono color. Críticas a quién no sea afín a su doctrina, oraciones llenas de sarna, ensañamiento y rencor. Egos dolidos e impotentes.

Puñado de sal arrojado sobre la dulzura Papal.

Tengo que contar hasta trece para calmar mi rabia y agradecer que estén ahí. Sin ellos no trabajaría mi paciencia. (Eso es teoría pura que no estoy seguro de haber integrado aún).

No tardé ni trece segundos en cambiar de canal. Ya es mucho.

## EL TÉ I "LA XERRADA"

Me encanta levantarme así. Si le sumamos una noche de sueño plácido y continuo (las cuales, desgraciadamente no son muy frecuentes), si es así, las mañanas son grandiosas.

Ducha de agua caliente, el gran lujo de la casa los días de frío, (junto con el calor de la desproporcionada chimenea), en ese baño de extraña combinación colorista: pálido y débil azul frente al dominante y absoluto negro contundente, sin más, de las baldosas únicas y exquisitas, aunque agrietadas en su mayoría.

Esa blanca y minúscula bañera, con asiento incorporado en su forma (la única que conozco) que la hace todavía más incómoda si cabe, al menos para mí. Ese chorro de agua caliente que no siempre dura lo que me gustaría. Ese bañito minúsculo y antiguo, que a pesar de sus dimensiones para mí es enorme. Con su gran ventana de opaco granulado cristal en forma de ojo de buey (recordándome la pasión por el mar, así como la mía, de quien la colocó ahí,) por la que escucho, al contrario de lo que le



correspondería por su ubicación original, es decir en su genuino marino lugar: olas de viento en lugar de olas de mar.

El sonido de los pinos cuando la ola se acerca y mueve sus finas hojas, el alboroto de la conversación matinal de las aves, cada una de ellas inmiscuida en su primaveral realidad.

Ese baño único, ya no sólo por el color inusual de sus baldosas, sino por todo lo que cada mañana me transmite y me regala.

Salir de él, con aún gotas en el cuerpo, medio templadas ya, el cabello mojado y pasar directamente a la cocina de amarillas baldosas a calentar el agua para el té de la mañana, en esa pequeña vieja olla de metal gastado y deformado ya por su base y asa. Abrir la puerta de verde pintada madera que da directamente al exterior, topando con el pino que tiene delante y que ya, con los años, crecido de tal manera, hace hasta dificultosa la salida al jardín. No así la entrada de luz a la cocina, potenciando la luminosidad que, junto al sonido de los pájaros recién incorporados al interior, provocando un resonar digno del más elitista de los auditorios, me hacen sentir refugiado en medio de la naturaleza.

Es un despertar en la calma, pero sobre todo en lo básico, en lo muy básico. Con pocas comodidades, es más, diría que muy cerca de lo primitivo. A veces cuanto más tengo menos necesito, o menos me llena. Esa es mi reflexión hoy. No echo de menos el horno "high tech" del que disponía en el último piso que habité, ni su vitrocerámica inteligente con sus histéricos agudos pitidos emitidos cada mañana al encenderla, apagarla o ya ni te cuento si por despiste no acertaba a colocar la sartén en el círculo destinada a ella y a todas las de su tamaño estandarizado. Entonces la bronca que me caía me dejaba afectado durante buena parte de la mañana. No echo de menos el sofá de diseño ni la mesa a juego, ni tan siquiera las vistas, ni tan siquiera la comodidad del lugar. A veces con menos tenemos mucho más, parece un tópico, pero así es. El tema es encontrar qué es aquello que nos llena. En mí es este contacto con lo natural, con lo esencial alejándome de lo superfluo.

Me gusta saber que tras retirar del fuego el agua hirviendo me está esperando fuera la pequeña mesa del jardín. Esta sí que es moderna y funcional, sin nostalgia ninguna. Comprada en unos almacenes "low cost" a precio de ganga. Obviamente contrasta con el interior, pero me hace sentir igual de bien. Cómoda lo es un rato, fea también, para que engañarnos. ¿Pero qué más da?

Me paso horas aquí, bajo la palmera sin hojas, capada por un invasivo parásito, anhelando la sombra que me daba los días de sol hoy solventada con un parasol que le da el toque final al rincón. Nada que ver con los

catálogos de revistas de diseño interior, por cierto.

Detrás de la mesa, está el muro que separa la casa de las casas de vecinos. Casas y apartamentos. Personas que llevan años por aquí, es más, la mayoría toda su vida. A veces escucho sus conversaciones. No es que cotillee, es que hablan de balcón a balcón, de la calle al balcón, de calle a calle...

Se escucha llagar un coche a lo lejos. Para el motor, seguidamente se oye el sonido al cerrar la puerta.

-“Au, que feu?”

-“Aguantant” xiquet. Pos que hem de fer?”

-“Au, al cau!”(dice una voz ajena y algo más lejana)

-“I la Mercè, què fa”?

-“Té la mare que va caure, però ja està bé”

-“Vale fill meu, au vingue”

“-Nos anirem veient”

“-Aniereu per taronges? Ja son les últimes” (creo que es uno de los hijos que cada mañana trae comida para sus padres ya mayores)

-“Jo què sé fill meu”, (le dice la madre al hijo)

-“A mi que m´expliques?”

Vuelven a la conversación sobre las naranjas.

-“No anireu a l´hort?”

-“Agarre´m una si aneu carinyu meu”

Mientras tanto y de fondo:

-“Tira pa ca qui”... le dice un vecino a su perro al ponerse a ladrar a “la Cinta” que cada mañana sale a regar sus margaritas con el mismo delantal a cuadros y su sonrisa perdida que el incipiente alzheimer todavía no le ha robado.

-“Si anem a l´hort t´agarraré unes quantes, no pateixis”

-“Et deixo lo menjar aqui abaix”

-“Au”

-“Vingue”

-“Vale fill, nos anem veient. Gràcies”

-“Au”

-“Vingue”

-“Adéu”.

(Conversaciones intraducibles al castellano ya que sería romper su esencia, aun así, algo es posible entender, o al menos eso creo).

Y yo ensimismado he dejado de leer, de escribir, de tomar té. Fascinado ante lo auténtico del lenguaje que me regalan, así como del cariño que expresan.

Me encanta esta lengua que no se ha dejado invadir por otras. Que mantiene su autenticidad de estas tierras “Ebreques”. Es lo bueno, dentro de lo que muchos consideran malo: el aislamiento que han sufrido. Han mantenido sus costumbres, entre ellas y su particular lenguaje. Éstas, sus arraigadas costumbres, son las grandes joyas de su territorio, las cuales, muchos desean y por mucho dinero que posean jamás las obtendrán. Son de los grandes tesoros que estas tierras poseen.

Así que sigo afinando el oído tratando de pescar alguna conversación más, aunque parece que el coche se aleja, y el silencio vuelve. No son conscientes del regalo que cada mañana me hacen. Cuando salgamos de ésta o cuando vea a mi vecina asomar por la ventana se lo agradeceré. Sin duda.

Cierro la libreta, dejo mis gafas, me inclino en la moderna blanca cómoda silla, reflexiono:

“Si todo esto me llena tanto, si me identifico con todo este entorno, naturaleza, humanidad, y además mis antepasados son de aquí, ¿cómo puede ser que no me haya atrevido a dar el paso definitivo a instalarme aquí?, ¿qué me frena tanto?, ¿qué me hace estar cerca de la ciudad?, ¿quizá el apego a los míos?, ¿apego a costa de mi felicidad?, ¿un apego a la vida social que conozco?. Por un lado, deseo esto, por otro me tira aquello. Y estando en aquello echo de menos esto. Y no ceso de lamentarme de lo tanto que me hace infeliz estar allí. Reconozco que ahí tengo momentos que me dan felicidad, ¿pero cuánto me dura esa

felicidad?, ¿cuánto me cuesta?”

Dura justo lo que dura, cuando acabo una cena con amigos ya deseo la siguiente, cuando voy al teatro ya deseo ver el próximo espectáculo y así sucesivamente. Uno tras otro mis deseos se cumplen, me llenan y desaparecen, aunque luego anhelo otros y da la casualidad de que además cuestan dinero. ¿Y si no tengo el suficiente?, incluso teniéndolo, quizá buscaré mejores restaurantes, o acudiré a más sublimes espectáculos o compraré ropa más exclusiva. Me encuentro con la sensación de estar en esa rueda de no parar, de tener siempre que estar en la búsqueda de felicidad comprada a base del dinero generado en un trabajo que, en muchos momentos de mi vida, no me llena en absoluto.

Por otro lado; ¿qué me impulsa a estar siempre en ese deseo de estar fuera?, ¿de no parar de hacer cosas?

¿Por qué no te paras?

Este confinamiento me ha parado. A todos nos ha parado en seco. A mí me ha cogido aquí. Y me está enseñando que éste es mi lugar. Así pues. A luchar por ello toca. Que no será fácil. La lucha con uno mismo es con frecuencia la más exigente.

## EL MIEDO Y LA CULPA

Hoy me desperté recordando algo que leí durante estos días. Alguien comentaba sobre qué es lo que nos mueve, en la mayoría de los casos, (siempre hay excepciones) a quedarnos en casa y seguir las directrices marcadas para el cumplimiento del confinamiento. Y me sorprendió:

“El miedo y la culpa”.

Eso y nada más que eso es lo que nos hace obedecer.

¿Será así realmente?, ¿lo único que nos mueve a la acción (en este caso acción de no acción) son estos sentimientos? ¡Pues vaya!

Así pues, no nos movemos por auto responsabilidad ninguna, sino que parece que se trata del miedo que nos paraliza. Curiosamente aquello en que la mayoría de los psicólogos y terapeutas coinciden que tenemos que vencer. Y ahora parece tenemos que sucumbir ante él. Algo, no sé exactamente qué, no me cuadra. Algo distorsiona inevitablemente mi

visión. Si es tan sólo así, cuanto menos, me entristece.

Y así estamos: parados. Acojonados, para no infectarnos y por no infectar a los nuestros (de ahí la culpa, sentirnos culpables ante la posibilidad de poder infectar a nuestros seres queridos).

Pero ese miedo, además, se extiende. Surgen personas que señalan a quién cumple o no las normas. Ya pasamos al pánico. Confinados muchos, los más desfavorecidos, en minúsculos apartamentos, muchos de los cuales no son ni hogares. En algunos han dejado atrapados a seres que huían de esas cuatro paredes para no ver a sus parejas maltratadoras, por ejemplo, y ahora tienen que soportar las infinitas horas del día deseando que llegue un anochecer sin violencia, droga o excesivo alcohol. Que otro día pase de largo sin pena ni gloria, que eso ya es "Gloria Bendita" y si puede ser: sin marcas en la piel.

Otros, más privilegiados en lo físico, no así en lo mental, sufren apretados, agarrados a la vida en sus minúsculos refugios. Aquellos que en su día dejaron sus pueblos de lado para llevar una próspera vida en la ciudad, aquella plena de eventos sociales, cines, teatros, restaurantes con manjares venidos del más extravagante rincón del planeta, todo a cambio por un minúsculo cubículo donde vivir, solos primero, luego quizá en pareja y finalmente en familia.

Lugares pensados inconscientemente quizá, tan sólo para pernoctar, ya que el resto del día no es más que puro trabajo y ocio. ¿Y ahora qué?, ¿cómo vamos a pasar tanto tiempo, tantos días en espacios así?

Viviendo dónde no es posible vivir.

Ni mucho menos convivir.

¡Si nos cuesta tantas veces convivir con nosotros mismos!, ¿cómo lo vamos a hacer ahora en estas condiciones con los demás?, y más aún si se trata de relaciones precarias, con poca base y menos amor.

Niños que deben salir, respirar, correr, jugar... ancianos con ansias del calor de sus seres queridos, sus abrazos, su cercanía, su cuidado...

¿Cómo vamos a aguantar esto?

Maldito virus.

Pero está bien. Nos hemos acojonado y estamos paralizados. Correcto. Vamos a verlas venir. Aunque en algún momento deberemos convivir con este virus, digo yo, aunque ¿cuándo?, ¿cuándo llegue la vacuna quizá?

Si es así nos habremos vuelto locos la mayoría.

¿O será quizá cuándo la economía esté ya hundida o en camino hacia ello?

Se tendrá que tomar una decisión y salir de este infernal confinamiento en algún momento. Riesgo habrá que asumir digo yo y en ese momento: ¿Alguien confiará en nosotros?, ¿en los ciudadanos?, ¿somos realmente algo para los que nos gobiernan?, ¿para aquellos que presumen de protegernos?, ¿o tan sólo somos cifras?, ¿piezas minúsculas del inmenso puzzle que hacen que el sistema funcione? Y, por otro lado: ¿qué ocurre con nosotros?, ¿asumiremos el riesgo?, ¿seremos responsables?, ¿o es qué ni tan siquiera nosotros confiamos en nosotros mismos? ¿Cuándo llegará ese momento?, y la pregunta del millón: ¿Cómo llegará?

Porque, definitivamente, este confinamiento ya no creo que sea tan por nuestro bien cómo nos lo han vendido y que, además, por si lo hubiéramos olvidado, cada día se encargan de felicitarnos de cuan tan buenas "ovejitas" somos.

El MALTRATO aumenta, pero no se escucha. Mujeres maltratadas, incluso hombres maltratados, por no hablar de niños y niñas.

Personas con discapacidades, enfermos mentales, niños autistas, mayores enfermos, simple y cruelmente desesperan...

Si los que tenemos la suerte, o no, de estar "bien" lo hacemos, desesperamos, al menos, a ratos, imaginémonos a todos ellos. ¿Cómo lo están pasando? La respuesta es clara:

Mal. Muy mal.

Y, ¿quién los tiene en consideración?

Miedo y culpa, si es así y eso parece, va llegando el momento de tratar de perder ese miedo, de dejar de culparnos y pasar a la acción. Responsabilizarnos. La auto responsabilidad. Esa es la solución. Si somos adultos y responsables, ¿no? Quizá no lo suficiente. O al menos, ¿qué gobierno va a dejar en manos de los ciudadanos el futuro del amado país? Y el futuro, incluye el económico, el bien de la nación, el motor del mundo, ¿cómo vamos a dejar en manos de los ciudadanos tal responsabilidad?

Ahora parece que el miedo les afecta a ellos. Si confían y sale mal se las cargan. Nos hundimos. Y, "oye, somos latinos, estamos todo el día fuera, en la calle", eso nos dicen y de eso tenemos fama. Vamos parece que somos unos auténticos irresponsables en estado natural debido a nuestro lugar de nacimiento. Venimos ya marcados de serie. Todos por igual

según a qué lado de la frontera hayamos ido a parar.

Así que nada: "Que sigan todos ahí, confinados y los vamos dejando salir a ratos, y ya veremos cómo va la cosa, que, si se vuelven locos de estar tan encerrados, también la habremos liado".

No nos engañemos, atrapados estamos, a toque de queda y sin opción a reclamar. Si lo hacemos vamos en contra del bien común. Tal cual.

### "LOS ULTIMOS SERÁN LOS PRIMEROS"

La generación de mis abuelos; la de la modernidad, pasaba por dejar atrás la vida en el campo y labrarse un buen futuro en la flamante bulliciosa emergente ciudad. Tierra de oportunidades, de negocios, de ocio y alegría, dónde los flamantes nuevos inventos podían disfrutarse en directo: bailes, salones, guateques, restaurantes, cines, sinfonías deliciosas saliendo de los últimos inventos radiofónicos expuestos en los flamantes nuevos y "mastodónticos" grandes almacenes dónde todo se podía encontrar. Gente de todos los rincones de España se juntaban en las grandes ciudades tras malvender o abandonar sin más sus humildes posesiones en pueblos que iban abandonado. Pueblos donde ya ni a penas los viejos del lugar se quedaban, ya que eran también arrastrados con la familia en pos del tesoro terrenal, de la vida del futuro, dónde todo está a mano, dónde todo es fácil, donde están las oportunidades. Si no estás en la ciudad no eres nadie.

Así que en pos de la modernidad el campo quedó abandonado, o semi abandonado.

Y yo, aquí estoy en la casa abandonada, en medio de lo que mayoritariamente fue campo un día. Algún huerto queda aún, entre hormigón, edificios, el canal, el polígono industrial y la vía del tren. Huertos cultivados por los que un día se quedaron aquí, a pesar de las tentaciones de la modernidad.

Son pequeños huertos junto a las humildes casas en las que han vivido sus habitantes durante toda su vida, ellos y sus padres, y los padres de sus padres, dónde cada rincón tiene su recuerdo, su espacio en la memoria de las emociones familiares, dónde todo tiene un sentido, dónde "Ikea" todavía no ha entrado a destajo y el balancín del comedor no es de madera nórdica, sino de "Cal fuster".



Humildes pero cálidos como ninguno, pequeños pero inmensos a la vez.

Salgo a la puerta de casa, desde la reja observo uno de ellos, una de esas casas, humilde pero orgullosa en la que, tras cruzar la oscura puerta ya en la calle sin acera, encuentra la amplia luz.

Salen mamá y sus dos niños pequeños, cruzan la calle, les observo, entran en su huerto. Huerto con su cochera, su barbacoa, sus plantas, sus flores. Los niños cavan en la tierra con sus manos y plantan semillas de futuros tomates hoy convertidas en juguetes, junto a los palos que ayer clavaron para que por ahí trepen, más adelante, solemnemente. El pequeño iba detrás de una gallina que alborotada andaba a sus anchas, la mamá se sentaba y dibujaba una sonrisa en sus bonitos labios. Yo, apoyado en mi oxidada blanca verja, dibujaba otra. Los últimos serán los primeros. Aquellos que se quedaron en el campo, aquellos que nadie quería, que apostaron por lo suyo, que no iban a cambiar, como los padres de la feliz mamá, mi vecina, la pequeña de cinco hermanas, con las que el moderno de Barcelona jugaba cuando era pequeño (yo). Aquellas que nos veían llegar en modernos coches, que una vez alcanzada la pubertad nos "pavoneabamos" con ropas de marca, inconscientemente, al menos yo, levantando la bandera de la modernidad el día de San Juan, cuando veníamos a tirar petardos en la "verbena", o durante la "Mona de pascua", con el abuelo, aquel que nunca abandonó del todo, al menos desde su corazón, este lugar, a pesar de de que trataron de convencerlo .

Sigo observándolos; "Gracias abuelo, no fuiste moderno (tampoco quiero olvidarme de la parte moderna de la familia a la que también tengo mucho que agradecer). Nunca cayó del todo este lugar y lo que significa gracias a ti. Tú nos traías a celebrar tu santo entre hogueras, tú nos mantenías despierta la alegría de lo auténtico".

Me reafirmo ahora que estamos en el confinamiento, si tenía alguna duda. Mi hogar está aquí. Adiós modernidad. Si ya lo veía claro, este aislamiento me lo ha asentado y me ha dado la fuerza de tomar la decisión. Aquí me quedo.

Y me acuerdo de Patricia, vuelvo a mirar a mi vecina y vuelvo a dibujar a Patricia en mi mente y vuelvo a mirar a Marta, mi vecina, justo delante de mí... y vuelvo, vuelvo y vuelvo a volver a mirar, y ahora me quedo en Patricia, en su apartamento, ella y sus tres hijos, sin salir, tan sólo al balcón, a tirar la basura, a hacer la compra al macro super mercado, hiper infectado, ataviada entre guantes, mascara casera y el miedo. Con prisa para volver cargada a dar de comer a sus hijos, que aburridos ya, entre paredes, han reventado todos los juegos de la videoconsola. El móvil les saca humo, sus ojos brillan, casi llorosos, las eternas horas entre pantallas; de la tele al teléfono, del teléfono al ordenador, menos mal que la mayor les distrae algo con desesperadas clases de yoga, alta repostería o cualquier excusa para dejar de estar clavados; uno en la super silla

ergonómica para expertos a no sé qué vídeo juego, regalado el día de "Reyes" y el otro de la apalancada cama...

Comer, beber, beber, comer, comer, beber, televisión, sofá, play station, Instagram, Facebook, ¿qué se puede hacer?. Poca cosa más. Limitados entre cuatro paredes, en pos de la modernidad en ese bonito pueblo de costa, moderno donde los haya, cuna de modernistas bohemios, de fiestas extraordinarias y succulentas, dónde seguidores del buen vivir nos instalamos en pos de una vida alegre. Hoy muchos se encuentran atrapados ahí.

Vuelvo aquí, a mi vecina en su huerto...me sigo quedando aquí, y me gusta lo que veo.

Los últimos son sin duda los primeros hoy.

Mejor dicho, jamás fueron los últimos. Algunos los consideraron como tales, los modernos (yo el primero), pero ellos han sido siempre los primeros, y después de esta pandemia, lo van a ser todavía mucho más.

## ¿Y SI PREFERIMOS ABRAZARNOS?

Confinamiento inhumano.

Un virus que nos ha sorprendido, o nos hemos dejado sorprender. Aunque hay países que no lo han hecho, que se han avanzado, han utilizado las nuevas tecnologías para bien y sobretodo un arma inherente al ser humano pero olvidada en el camino por el paso de los años al caminar por la vida: la empatía.

Ponerse en el lugar del otro. Los países que han sido empáticos, los que se han puesto en la piel del ciudadano, en el sentido de lo que sienten o pueden sentir bajo un férreo confinamiento y han ido más allá. Esos países han afrontado de mejor manera la pandemia. Alemania, por ejemplo, el más cercano en nuestra flamante Unión Europea. Nueva Zelanda, el país más exitoso del mundo en la gestión del coronavirus, cerraron fronteras y confinamiento voluntario, comenzaron a combatirlo con tan sólo seis contagiados y ningún muerto. Taiwan, que ya en enero producía dos millones de mascarillas al día. Islandia, el país que más test gratuitos sin distinguir entre sintomáticos y asintomáticos, ha realizado, con un confinamiento selectivo, obligatorio para personas en riesgo y voluntario para el resto, incentivando prometiendo el salario completo a aquellos trabajadores que voluntariamente decidieran quedarse en casa. Finlandia, con la jefe de estado más joven del mundo, 34 años, una

“milenial” que se alió con los “influencers” para comunicar todas las acciones que el gobierno realizaba. Noruega, Dinamarca. Curiosamente, todos tienen algo en común además del éxito en la gestión: Todos ellos están gobernados por mujeres. Estoy de acuerdo con lo que he escuchado: no puede ser casualidad. Porque definitivamente las mujeres están mejor dotadas para hacer buena política y sobretodo en situaciones delicadas. Parece ser que sólo diez países de todo el mundo desgraciadamente están gobernados por mujeres, y hay ciento y pico. Es para hacer una reflexión, al menos.

Aquí parece seguimos peleándonos todos, aún resacosos del “shock”.

Soluciones desde la obligación. Aquí hacemos creer que la única solución es el estar enjaulados (unos más, otros menos) pero, al fin y al cabo, restringidos de nuestros mínimos derechos como seres humanos, carentes de nuestra voluntad, aquello que pretendamos realizar como seres libres que somos, hoy no es posible. No vamos a entrar en detalles sobre en qué consiste la libertad. No podemos irnos a pasear, aunque sea solos, por la montaña, por el río, por la playa, respirar aire puro, caminar veinte pasos seguidos libres del “Gran Hermano” global, sin ser vigilados, por no hablar de abrazar a quien no nos permiten ni tan siquiera ver, por el bien de todos, ¿pero quién decide cuál es el bien de todos? Y si, ¿preferimos abrazarnos y correr el riesgo que supone?, ¿aceptar las consecuencias?, ¿y si uno de nuestros ancianos prefiere correr el riesgo de convivir con sus hijos y nietos, aunque sean los últimos días de su vida? (algo que asumimos puede ocurrir a pesar de no haber certeza ninguna), antes de malvivir atemorizados sin parar de escuchar datos pesimistas sobre muertes, bien o mal contadas, con el riesgo de acabar solos entubados en un hospital, muriendo sin haber podido abrazarlos y como mucho viéndolos a través de máscaras, guantes y trajes protectores. ¿Y si preferimos eso?, ¿qué ocurre? Parece que somos lo más cercano a delincuentes, y además nos exponemos al escarnio social. Si estuviéramos en la época de Cesar Augusto, te diría que, casi a la lapidación.

Y pongo la televisión, ahora que es tarde y sé que las noticias ya han acabado.

Sorpresa: algo diferente. Algo que no son “tiros” en una vieja película de presumibles malos contra presumibles buenos (aunque cada vez tengo más duda si los buenos son tan buenos; ¿eran los Indios Sioux tan malos como los pintaban las primeras películas de vaqueros?, los feroces y despiadados guerreros salvajes cortadores de impunes cabelleras del Séptimo de Caballería, ¿o quizá los buenos invasores no eran todo lo buenos que esas películas pro americanas nos decían?), concursos en islas remotas donde cuerpos explosivos compiten por la supervivencia en pos de un protagonismo terrenal a su vuelta a la civilización, donde sus Egos se pavonearán entre platós televisivos y redes sociales, dónde millones de

“likes” amansarán temporalmente, y sólo temporalmente sus ansias de ser queridos, o películas sin fondo ninguno sin fin ninguno más que hacer que nuestras horas discurren, volátiles y frágiles, sin más para matar el tiempo. Matar el tiempo, ¡cómo echaremos de menos esas horas “matadas” algún día!

De repente paisajes de montaña y naturaleza sin tintes “Hollywoodienses” inesperados en pantalla a estas horas de la noche, (quizá al mediodía o por la tarde algún canal despistado puedes encontrar):

Un pastor pasea por las montañas del Pirineo Aragonés junto a un conocido presentador humorista catalán y un colaborador suyo, los cuales, como podían, trataban de seguir sus pasos, aunque a duras penas lo conseguían. Eso sí, no les faltaba el humor. Ante la evidencia no tuvieron más remedio que sacar a relucir sus inherentes habilidades humorísticas. Aunque, hasta en esa faceta, el pastor les superaba. Vaya “crack”. Estaban realizando la trashumancia en una joya de programa que era la primera vez que veía y me enganchó. Cómo de patosos, perdón a los voluntariosos acompañantes, se veían esos acérrimos urbanitas de éxito en medio de la naturaleza.

Cómo avanzar cuesta arriba era una odisea, cómo plantearse dormir una sola noche a la intemperie suponía algo impensable e inasumible.

Cómo nos hemos blindado a la naturaleza tras una gruesa máscara asfáltica.

Pues bien, en un momento del programa, el pastor, protagonista de esta historia, junto con el paisaje y las ovejas, al hilo de la conversación que están manteniendo, pregunta:

“¿Y quién soy yo para no permitir que la oveja muera donde ella ha elegido?”

-“Mire, en plena trashumancia, en la que nos acompañaban un reducido grupo de turistas, cosa que de vez en cuando hacemos para sacar algún dinero extra y que cada vez tiene más adeptos, había una oveja herida en una de sus patas. Iba retrasada al final del rebaño, no aguantaba el ritmo. Aunque trataba de seguirlo con toda la energía que le aferraba a la vida, al cabo de las horas desistió, se separó de él, eligió un lugar, justo al lado de una carretera que acabábamos de cruzar y decidió quedarse allí”.

El pastor explicaba como él junto a su perro, trataban de controlar a los cientos de ovejas que formaban el rebaño mediante un sin parar de ordenes en forma de gritos incomprensibles para cualquier ser humano, sólo su fiel perro era capaz. Los turistas, al ver que la oveja se quedaba

ahí increparon al pastor:

-“Pobre oveja, ¿cómo es usted capaz de abandonarla ahí? Dejarla así, tirada. Es usted cruel.”, le increpaban.

El pastor sabía que la herida de la oveja era mortal en las circunstancias en las que se encontraban.

-“Miren señores, yo tengo seiscientas ovejas que cuidar, todas deben llegar a su destino, algo nada fácil y yo soy el que las debe guiar, ¿quién soy yo para no permitir que la oveja muera donde ella ha elegido morir?”.

Y ése es el mínimo de los derechos que los humanos nos merecemos como todo ser vivo. Elegir dónde y cómo morir. Me da la sensación de que se trata de algo que tenemos muy olvidado, en lo que ni tan siquiera pensamos, o mejor dicho, no queremos ni pensar.

Hoy en día nuestros ancianos mueren como mueren y durante la pandemia, la mayoría sin poder despedirse de sus nietos, hijos, familia. Si me apuras, el que tiene suerte lo hace a través de las pantallas de un frío móvil.

Algo está fallando, yo lo tengo claro.

ADIVINA ... ADIVINANZA...

¿A ver si adivináis qué día es hoy?

Ahí va una pista en forma de poema:

*EL DRAC*

*El drac amagat,*

*potser s'ha confinat.*

*Potser espantat, refugiat dels humans,*

*ja no vol lluitar.*

*Al cavaller no se'l vol creuar.*

*No sigui se li encomani el seu mal,  
aquell de qui n'ha sentit parlar.  
Aquell que sembla, ara fa tant de mal.  
El que separa als estimats.  
Diuen, pel bé dels humans,  
tencats s'han de quedar.  
Ell no és pas humà. Ell és drac.  
El drac.  
Llegenda de llegendes serà.  
Sens dubte, el més gran.  
El més majestuós de tots ells.  
Rei dragonià,  
un altre abril serà.  
No vol que l'organisme més petit,  
aquell que en diuen virus fatal,  
no li fagi tampoc cap mal.  
Pot ser no cal.  
Ell, tot i ser drac,  
potser inhumà,  
vol veure tornar, l'amor a l'estimat.  
Al carrer, com cada any,  
entre orgulloses lletres  
i roses de colors.*

*Aquest drac no ho vol deixar anar...*

*El cavaller hi pot esperar*

*i potser estimar.*

*Potser aquest virus ens farà adonar,*

*que fins i tot,*

*no caldrà pas lluitar.*

*Inclús en un futur...*

*Res de tencar els ulls...*

*Res de mirar cap un altre lloc.*

*Només allà on ens ho demani el cor.*

Pues sí, "Diada" confinada, lo habéis adivinado.

(\* ) Lo siento por aquellos que no entendéis el catalán, mi lengua materna, pero me surgió así, sin pensar. Directamente, me brotó esa misma mañana de ese día de tan arraigada tradición en Cataluña y que tantos preciosos días nos ha regalado.

Para vosotros, para quienes no lo comprendéis voy a tratar de traducirlo, a pesar de que estoy seguro pierde su encanto (si se lo tuviere, claro) aunque al menos, lo podáis intuir.

*EL DRAGÓN*

*El dragón escondido.*

*Quizá se ha confinado.*

*Quizá asustado, de los humanos se ha refugiado.*

*Ya no quiere luchar.*

*Al caballero no se quiere cruzar.*

*No sea le contagie su mal.*



*Aquel del que han escuchado hablar,  
Aquel que parece, ahora, hace tanto mal.*

*El que separa a los amantes,  
dicen, por el bien de los humanos,  
que encerrados se deben quedar.*

*Él no es humano. Él es dragón.*

*El dragón.*

*Leyenda de leyendas será.*

*Sin lugar a dudas, el más grande.*

*El más majestuoso de todos ellos.*

*Rey dragoniano.*

*Otro abril será.*

*No quiere que el organismo más pequeño,  
aquel que llaman virus fatal,  
no le haga, tampoco, ningún mal.*

*Quizá no haga falta.*

*El, aun siendo dragón,*

*quizá inhumano,*

*desea volver el amor al amado.*

*En la calle, como cada año,*

*entre orgullosas letras*

*y rosas de colores.*

*Este dragón, no lo quiere dejar perder...*

*El caballero se puede esperar,  
y quizá amar.*

*Quizá este virus le hará razonar,  
que incluso, a lo mejor,  
no volverá más a luchar.*

*Incluso en un futuro...*

*Nada de cerrar los ojos...*

*Nada de mirar a otro lugar.*

*Tan sólo allí, dónde nos lo pida el corazón.*

¿QUÉ HA SIDO DE ORIOL...?

¿Quién habla hoy de presos políticos?, ¿quién se acuerda de Oriol y los demás? Al menos en los Telenoticias creo que no, por lo que me parece, aunque ya habéis visto que no soy muy devoto de ellos estos días, pero es que ni mis amigos, ni familia. Tampoco leo esas confrontaciones radicales en las redes sociales, dónde hasta hermanos dejaban de serlo en pos de uno u otro bando, luchando por ideales tan desagradablemete confrontados. ¿Dónde está aquel clima de tensión en el que estábamos inmiscuidos en el preconfinamiento?

Ni rastro.

Nadie está ahora por la labor de una "Catalunya Independent" o no, pocos recuperan hoy el hasta hace poco culebrón de cada día.

Parece que otro de mucho mayor arraigo ha eliminado las tonterías. Nos dice;

"Dejaros de ostias, dejad de pelearos por menudeces, que estamos en mundo global. Dejaros de mirar sólo a vuestros orgullosos ombligos. Mira os lo voy a demostrar; para que veáis de qué estamos hablando, tomad, aquí tenéis: Os envío un virus. Éste sí que es global.

¿Lo veis? Esto sí que es un problemón" ...

Y parece que le han hecho caso. No se habla de otra cosa. No vivimos otra cosa. Los que más tratan de distraerse en la medida que pueden, pero sin duda, esto nos ha eliminado las tonterías, incluso aquellas que un día nos parecían el mayor de los asuntos, de un plumazo.

Hoy los hermanos vuelven a juntarse. De Oriol y los suyos nadie se acuerda...

¿Y ellos?, ¿se sentirán mejor así?, ¿en un mundo que también vive encarcelado?, ¿se sentirán acompañados, en su aislamiento, por el confinamiento global?, ¿sentirán que el mundo los acompaña, ¿se sentirán consolados de alguna manera?

Hasta el recluso rencoroso, si lo hay, pensará que la justicia universal está de su lado y ante la injusticia terrenal, ha enviado una plaga, una dimensión desconocida hasta ahora. Tal es su dimensión que ha conseguido enmudecer hasta a los más exaltados, de uno y de otro bando, incluso a aquellos a los que ni incluso una mascarilla les frena el habla.

Hoy "surten los Xiquets!"

Les ha recibido un precioso día de luz y sol. Ahí están en la plaza jugando, en el canal con sus bicis y patinetes y sus papás cerca, tan aliviados como ellos, o más.

Al fin, un paso hacia la vida.

Parecía que ésta les anhelaba y así lo expresaba, lo celebraba, a su manera, dándoles así su particular bienvenida.

El vecino sin hijos sale al balcón, charla con la mamá que acompaña a los suyos a jugar a la calle, y no para. Libera toda esa necesidad social que lleva dentro. Así que charla hasta por los codos, normal.

Hoy leía al Dalai Lama. Hablaba de cómo afrontar los sentimientos negativos, o aquellos que nos hacen daño y proponía sustituirlos por positivos. Algo que parece obvio y sencillo de hacer, aunque no lo es en absoluto.

Seguro hay quien hoy al levantarse y ver a niños jugando, felices, al menos durante esa hora que el "Controlador Supremo" les permite, le surge la rabia: ¿por qué ellos sí y yo tengo que "pringar" todavía en casa?, ¿por qué esa mujer tiene derecho a estar paseando y yo no? Sin salir de ese pensamiento en espiral auto destructivo, alimentando la rabia y el

odio, la desigualdad y el desamor.

Algo así ya ocurrió con el tema de los perros: ¿por qué pueden pasear a un perro y yo no me puedo pasear a mí mismo? Y hasta alguno se puso a controlar a vecinos para que no se "columpiaran" demasiado durante ese "paseíto" y certificar que era rápido y exclusivamente para estricto cumplimiento de la norma establecida. Hasta alguno estaría dispuesto a colaborar con la policía en la ardua e innovadora tarea de controlador de salidas perrunas.

Son esas personas las que, ante el incumplimiento de la ley y el orden en un momento dado, reaccionan como policías vigilantes del sistema. Les surge de manera innata, aunque en la mayoría de los casos, son los primeros en romper las reglas cuando les interesa en pos de su "interesada y particular" libertad. Argumentando con el mayor énfasis su verdad. He visto muchos de estos durante estos días. Exaltados contra los que se fueron a sus segundas residencias durante la semana santa, indignados ellos y luego saliendo del confinamiento a la primera de cambio a hacerse las mechas a casa de una amiga, o a comer en "petit comité" a casa de otra.

Y es normal, somos humanos y tenemos un Ego pesado y cargado, aposentado en nuestro interior, que, con rapidez, no duda en tomar protagonismo a la que ve la ocasión.

¿Por qué ellos sí y yo no? Dice nuestro niño herido. Es el "Yo quiero".

Y enlazo con las palabras del Dalai Lama y propongo una práctica a quién le surjan ese tipo de pensamientos.

Y si en lugar de pensar así, tratamos de entrenar al cerebro de manera que le mandamos un aviso del tipo: "Qué bien esos chavales, cómo sonrían, cómo corren, cómo saltan. Al fin. Qué feliz estoy por ellos y sus familias. Empiezan, mejor dicho: empezamos, aunque a paso tímido, a encaminarnos hacia la normalidad. Me alegro por ellos. Que feliz me encuentro".

Ese es un pequeño mensaje que quizá nos hará parar por un instante ese bucle sin fin. Si ese mensaje lo vamos repitiendo cada vez que nos surge un sentimiento negativo inconscientemente lo iremos integrando en nosotros.

Levantarnos por la mañana y tener una pausa para discernir los propósitos del día, dónde y en qué vamos a potenciar el amor y el cariño hoy. El compartir y el agradecer. Y sobretodo el alegrarse por el bien de los demás.

Así nuestra actitud ante los problemas día a día irá cambiando. Y si cambiamos nosotros, a bien seguro, lo que nos rodea también cambiará. No hay duda.

¿A quién no le gusta recibir una sonrisa, o un tono amable, ya no digamos un abrazo? (Y más ahora que los tenemos prohibidos).

Así pues, hoy los "xiquets" van a "xalar", como dicen por aquí, en "Terres Ebrenques".

Y mi Ego me dice... "Lo que daría por ser xiquet".

"Calla", salta mi consciencia, "que la semana próxima podremos salir a pasear. Paciencia. Todo llega".

Esperemos.

La esperanza es lo último que debemos abandonar.

Ánimo.

## CUERPOS INVERNANDO

-“El sábado podremos salir una hora a pasear o a hacer deporte”, me dice el vecino en mi fugaz viaje al contenedor para hacer mi esperada salida diaria, yo que no tengo niños (aquí conmigo) ni perro, solo mi gata adoptada, aunque no creo que sea válida como excusa para salir a pasear más allá del cercano contenedor al que se reduce mi paseo. Me tendré que aguantar hasta, eso parece, el próximo sábado.

-“Uf... menos mal. Se está haciendo pesado esto ya, creo que a todos, a ver si puedo empezar a correr algo, empezaré caminando”.

Y es que nuestros cuerpos parece que se han aletargado. Invernando tal cual osos polares, pero sin helados parajes más que nuestros corazones y con repletas neveras, ya que muchos optan por seguir el lema que escuché el otro día decir a una ex política que a mi particularmente me hace gracia: “Sustituyo mis orgasmos por orgasmos culinarios”... así pues, muchos se han dado por matar nuestra ansia y desesperación cocinando manjares que ya no podemos comer en restaurantes, beber vinos y lanzarnos a los placeres de la vida “apartamental”. Es una opción, ¿qué le vamos a hacer?

Así pues, en breve, muchos cuerpos aletargados, eso sí, ya no se trata ni de niños ni perros. Estos últimos están muy en forma últimamente. Hay incluso quien los alquila a diez euros la hora para que el que no pueda más disponga de excusa para salir, bueno, si no han llegado a hacerlo, sí que al menos lo pensaron, pues esos cuerpos saldrán en breve a desperezarse y a quemar algún "rollito" de más ubicado en alguna cintura complacida.

Yo, de momento, seguiré en el abandonado jardín. Mientras alegres humanos, al fin, podrán pasear por un rato en breve. Iniciando así, la ardua tarea del anhelado desconfinamiento.

Trataré de observar a ras de suelo, desde la base de los tallos que soportan esas asimétricas flores, donde descubro infinitos hilos surgidos por el brillo momentáneo al roce del sol, tejidos por invisibles arañas a los ojos de los humanos que ahora sí puedo ver, como infernales trampas a los insectos que pululan por aquí. De la misma manera, desde una posición bien diferente a la que estoy acostumbrado, aquella a la que la pandemia me ha obligado, trataré de ver esos hilos de la vida, invisibles como los de la araña, que, en este caso, me atrapan a mí. Así pues, no tengo más que agradecer esta posibilidad que me da este momento. En ningún otro caso hubiera sido posible.

Está en nosotros coger lo bueno o lo malo, mejor dicho, coger aquello que nos hace bien o engancharnos a lo que nos enferma. Y para eso habrá una lucha interna, que no será fácil ni de resultados inmediatos. La naturaleza humana tiende a engancharse a lo malo, ¿cuántas veces nos ha ocurrido algo que no nos ha beneficiado, o nos ha molestado, o ha perjudicado a personas de nuestro entorno y nos hemos quedado tiempo y tiempo enganchados a ese mal estar?, o incluso aún hoy nos acordamos de aquel amigo que nos hizo alguna mala pasada. Sin embargo, que rápido olvidamos momentos felices en el día a día, incluso diría; qué poco los valoramos. Los olvidamos rápidamente. Nuestra mente tiende a retener aquello que nos duele y se queda enganchado a nuestra alma como si dispusiera de un esparadrapo ultra pegajoso.

Ser consciente de ello ya es mucho. Si ahora desechemos lo que nos hace daño y potenciamos lo bueno, y en esa pandemia, si estáis atentos, seguro encontraréis mucho más de lo que imagináis, nuestro bienestar será más alto. Y no sólo el nuestro, también el de quién nos rodea, ya que nuestra actitud y comportamiento cambiará. Seguro. Aunque no de hoy a mañana, pero paso a paso y con constancia seguro que sí. Está en nosotros, no lo dudéis.

## PACA. PURA HUMANIDAD

Sexto día de desconfinamiento. Fase 1. Terres de l'Ebre.

Se puede circular entre comarcas sanitarias. Ahora las fronteras han cambiado y es el virus el que las decide. Las provincias han quedado atrás. Disponen de un nuevo apellido: sanitarias.

Hoy decido salir de la casa, a ver si recupero la sensación de poder desplazarme sin sentirme vigilado, o mejor dicho, dejar de tener la sensación de estar haciendo algo mal y que en cualquier momento un vehículo policial me dé el alto y ..."vete a saber qué ocurre". Porque no tengo nada claro: si salgo para ir a un restaurante parece puedo salir a cualquier hora, sin embargo, ¿si salgo para hacer deporte, no?, debería salir tan sólo en las franjas que me corresponden. Entonces; ¿siguen las franjas horarias? Parece que sí y que a la vez no. Definitivamente me estoy liando. ¡Con lo tranquilo que estaba confinado!

Es sábado, luce a medias el sol, llevo cuatro días de ordenador intensivo. Mientras se inicia el desconfinamiento, parece que a mi, se me ha ocurrido confinarme todavía más. Pero hoy voy a ampliar mi horizonte visual y espacial por un día. A pesar de que no me hace ninguna gracia sentarme entre mamparas o comer con mascarilla, cosa que no voy a hacer, sin duda, si es lo que me encuentro. Veremos.

Y aterrizo entre dunas, dunas enganchadas al mar, invadiendo y absorbiendo las estructuras de madera construidas para poder pasear por sus laderas sin molestarlas. Ni a ellas ni a las aves que allí anidan. Las dunas tienen vida propia, se mueven constantemente, el viento traslada grano a grano de arena, irremediablemente, hasta desplazar todas y cada una de ellas. Pero eso no lo contemplaron al construir esas estructuras por las que paseo en este instante. Muchas de ellas, están cubiertas en parte.

Montañas de fina y brillante arena. Azul ventado, mar "cresteado" por blanca espuma revoltosa. Verdes bajos matorrales en la tierra a dentro. Estanques con rosados flamencos, justo recién dejada atrás la desenvocadura del río.

El coche me ha llevado, casi por su cuenta, a ese lugar donde se entremezclan las aguas. Donde confluyen sus colores, sus olores, sus densidades, sus espesores, su textura y su paz. Encuentros inesperados entre el infinito océano y el serpentino río. Donde las lubinas cambian de salinidad y se adentran en la dulzura del río, donde las anguilas acuden tras sus largos viajes a incubar el que será el más apreciado de los manjares. Aquel que el padre de "Paca", se dedicaba a recoger cada noche en temporada y que luego vendía para que acabara en exquisitas cazuelas de barro en las mesas más elitistas del país. Sobre todo en Madrid y Zaragoza. Vendidas a ínfimo precio para tal esfuerzo, en un



principio y sin embargo, al final de la cadena comercial, serán compradas a precio de oro. Su padre iba a por ellas tras finalizar su dura jornada en el campo. Exhausto, con el tiempo justo para pasar por casa y reponer las energías necesarias para continuar en la ardua tarea de seguir adelante. Él y su familia: su esposa y tres bocas más que alimentar. En casa le estaba esperando "Lo calent", como me cuenta Paca: "Lo plat típik del Delta" y que también explica en su maravilloso libro: "Entre plat i plat. Una cuina al Delta de l'Ebre", en el cual, entre plato y plato, añade el sofrito de su dura aunque feliz vida.

"Lo calent", era ese plato consistente y potente que necesitaban los trabajadores tras pasar todo el día en los campos de arroz. Con sus pies mojados, en muchas ocasiones, en la inundada planicie. Trabajada, creada y alimentada por el ingenio humano, tratando así, de conquistar y hacer productiva, la que, en su día, fue tierra de bandidos y refugiados en Cataluña. Barro y lodo, poco o nada más entonces, si exceptuamos el hambre.

Con frío en muchas ocasiones, en otras, abrasados por el intenso calor "La mezcla" era su único aporte energético. "La mezcla" era aquello que se llevaban para comer durante el día de trabajo de sol a sol. Su desayuno y su comida. Lo hacían en las "Carmanyoles", como ellos las llaman. Los "tuppers" modernos. Se lo comían frío, en muchas ocasiones, incluso helado. Aunque tenía su parte buena: visto desde la única perspectiva positiva, como hace Paca en su brillante y optimista libro: "Ya les iba bien para seguir trabajando". Así lo explica literalmente: "Els anava bé perquè, com tenien d'entrar altre vegada a l'aigua, no els reprenia tant lo menjar", que más o menos quiere decir, que no les molestaba ya que, así, la digestión no era pesada y podían continuar con el trabajo.

Así pues, entre el trabajo en los arrozales y el nocturno, que en muchas ocasiones les llevaba hasta entrada casi el alba, tan sólo disponían de un breve paso por casa para comer "lo plato típik del delta", "Lo calent": Arroz, col y guisantes.

Era el plato de diario. Cada día se cocinaba en la mayoría de los hogares impregnando así, con su peculiar olor, todas y cada una de las calles del pueblo.

Todo esto me explicaba Paca, mujer que hasta ahora no tenía el placer de conocer. Fue el mejor regalo de bienvenida a esta nueva fase que acabamos de comenzar: la de volvernos a relacionar. Tras dos meses de soledad casi absoluta, era el mejor de los regalos. Estaba a punto de descubrirlo.

Sí que había estado en su restaurante, en un par de ocasiones, pero Paca no suele salir de sus fogones. Ama cocinar. Así que no la había visto

anteriormente.

Sentado en una de las mesas, en la esquina del pequeño patio, blanco iluminado y radiante, hoy más que nunca, por el sol desconfinado. No observo a ninguno de los turistas habituales en un sábado de mayo. Sábado en el que hubiera sido imposible llegar y tener mesa libre para comer. En su lugar, un grupo de tres chicos jóvenes lugareños, amigos de alguien sin duda allí y un par de "parejitas" de la zona, felices de poder degustar alguno de sus deseados arroces, tras dos meses de un no parar de cocinar y limpiar en casa. ¡Y qué mejores que los de Paca!

Me siento observado por todos ellos, ¿de dónde saldrá este bicho raro? (canta a la legua que no soy autóctono del Terres de l'Ebre más profundo y auténtico) tengo la sensación de que eso parecen pensar. "¿Qué hace un "pixa-pins" de Barcelona por aquí?" Me doy cuenta que no saben nada de mí, de mi vida, de mi historia. Ni tienen por qué. Al ser sólo yo, parece no le dan más importancia. Hasta quizá les podré inspirar algo de lástima o pena, incluso; "este "pixa-pins" colgado por aquí, ¡vaya solitario confinamiento estará pasando!" Mi imaginación volaba, mi Ego, asomaba.

La camarera me "canta" los platos combinados del día, que no me apetecen en absoluto. Lo que me encantaría sería probar un arroz de esos que veo de lejos en las mesas vecinas. Parece que voy a ser la única mesa sin esa "cazuelita" rebosante de redondo arroz "bomba". Estoy a punto de pedir "las sobras" de la mesa de mis tres vecinos. Lo cual, no me atrevo a hacer. A pesar de estar absolutamente seguro de que ese arroz ( y algún "escamarlá" también) eran "las sobras" porque los chicos estaban ya con los "chupitos".

Desestimo los platos combinados y me aventuro a preguntar si hay algo más. Tengo suerte. Pido una tostada con "anguila fumada". Delicia que me hace "llorar" por unos instantes de felicidad y despierta definitivamente a mi Ego, últimamente muy aletargado. Continuo con media de chipirones y media de calamares, que la camarera me concedió el honor de compartir en una misma ración, ya que se debió sentir mal al no poderme hacer el arroz para mi sólo, ella no sabía que me hubiera conformado con los restos de los animados vecinos de mesa, pero claro, eso de nuevo, tampoco me atreví a decírselo.

Cojo mi libro y me decido a esperar, un tanto desubicado, ya que no tenía ninguna expectativa en comer en un restaurante hoy, en absoluto. Quizá los recuerdos que me traía el lugar, donde pasé momentos felices con la que fue mi pareja hasta hace unos años, me hizo sentarme y rememorar esos instantes. Me regalaba a mi mismo volver a sentir esos momentos de alegría y jolgorio donde pasamos un apretado fin de semana entre amigos. Buen comer, vinos y alguno de nosotros... muchos "Gintonicos".

Y sigo desubicado. La camarera, aunque amable, no me ha acogido como mi Ego deseaba, es decir, como al resto de comensales, pero claro, ellos son más que clientes: amigos. Hoy el extraño en, aún más extraño momento, soy yo. Primer sábado fase 1.

El pan llega con una panera cubierta con papel de plata, primera novedad. Me levanto a lavarme las manos, pero claro, tengo que ir al interior. No experto en estos menesteres y por tanto, absolutamente patoso, siento que algo no va bien. La misma camarera trata de frenarme en mi decidido paso hacia mi objetivo: el lavabo. Así pues, me frena con la mirada y ostensiblemente con sus manos, como queriendo decir: Quieto, ¿dónde vas? ¡Que estamos desconfinándonos! Alto ahí. ¡Stop!

Me freno en seco ante la mirada de los chicos del chupito post paella que yo no me voy a tomar, justo al sobrepasar la puerta de entrada. Observo a mi izquierda, perfectamente preparado y dispuesto, todo el kit desinfectante que me había pasado por alto. Todo rebosante de impecable orden y limpieza, exquisitez en la disposición de todos y cada uno de los elementos desinfectantes, todo como debía ser y más. La camarera ya ha llegado a toda velocidad desde el final del pasillo y se coloca a medio metro de mi. Ahora soy yo el que trato de retroceder ya que ha invadido mi territorio. En su afán de que yo cumpliera las normas se olvidó cumplir las suyas. No retrocedo. Aguanto al costado del kit desinfectante. Con suma destreza me indica que debo colocarme guantes: esos ahora tristemente famosos, de fino plástico, a los que todos nos estamos acostumbrando estos días. Esos que nos van grandes, esos con los que es imposible poder abrir las bolsas, también de plástico, en los super mercados para poner dentro las verduras y qué, hasta yo, en alguna ocasión he desistido de comprar por lo pesado de la tarea (unido a la asfixiante mascarilla la tarea se convierte en casi misión imposible), esos que se salen al minuto de utilizarlos y que la mayoría contiene defectos de fabricación y suelen tener, cuanto menos, uno de los plastificados, uniformes, gruesos y desproporcionados dedos agujereado. ¿Para qué quiero los guantes si lo que voy a hacer es lavarme las manos? Pero me lo callo y sigo el protocolo, no sea que generemos mal estar o piensen que pretendo saltarme las normas de la fase 1. Así que procedo con el trámite y voy hasta el lavabo, donde me saco los guantes como puedo, ya que se me pegaban a la piel, y los tiro a la papelera. Me lavo las manos a consciencia. Es la primera vez que como fuera en dos meses y es todo nuevo. Vuelvo hacia mi mesa.

Sentado al sol, con mi libro de bolsillo en mano, espero, aun, un tanto extraño. Lo nuevo de la situación y que no suelo ir a comer fuera, menos sólo, me hacen sentir así. Pero eso es lo que he decidido y por algo será. Así que "Luis, relájate y a disfrutar, que además te va a costar "una pasta" que no sé si te puedes permitir". (Me he quedado sin ingresos de repente por el covid. Mis rentas son directas del turismo. No hay otra.

Ninguna posibilidad de ingreso por ahí. Al menos de momento.)

En nada, el perfume de la anguila fumada se escurre intensamente por mis orificios nasales, haciéndome dejar inmediatamente la lectura. Aterriza en mi mantel individual de papel blanco y azul que reposa sobre la blanca mesa de plástico acogedor, junto a la servilleta, también de papel, que está a punto de volar por el incipiente viento que va a más. De repente:

-“Ojo cuidado que no se te lo lleve todo el viento: que no sigui com a la película. “Allò que el vent sen ´s va enduguer”.

Alzo la mirada, a pesar de que ésta quería quedarse fija en el succulento manjar. Lo primero que ve es algo mucho mejor, que ya es decir, que la espectacular anguila fumada: la sonrisa de Paca. Aunque yo, a esas alturas, no sabía que era de Paca, es decir; lo que vi fue una espectacular sonrisa, diciendo una curiosa frase en catalán de un mítica película junto unos ojos de intensa alegría y espectacular vitalidad, que no relacionaba con Paca. De hecho, no sabía, aún de su existencia.

-“Sí, sí: Allò que el vent sen ´s va enduguer” repetía sonriendo, como medio tropezando entre la frase”.

-“Quina frase més” ... (no sé bien bien qué me dijo, si enrevesada, maca, extranya... en catalán), no creus?”. No era la frase en sí, ni el contenido de la conversación (peculiar e inesperada sin duda). Era cómo lo decía. Con la amabilidad con que se acercaba a un extraño. Algo había en ella que me sorprendía y a la vez me atraía. Actuaba como un potente imán de humanidad. Algo había en esa mujer, lo vi desde que su amable voz llegó a mis oídos. Eclipsó hasta a la fantástica anguila.

Seguimos hablando, encontrándonos el uno con el otro, habían ganas de hablar y de escuchar, tras dos meses de inconsciente espera. También ganas de compartir.

-“Això t´ho menjes aqui, oi? Es que la noia em deia que era per emportar... i jo, ja he pensat que no, que això t´ho menjaries en aqui.

(Para los que no entienden el catalán, ella me trajo personalmente la comida ya que la camarera le dijo que era para llevar y no lo tenía claro. Así que decidida vino y me lo trajo en persona).

¿Sabes que un kilo “anguileta”(como llaman aquí a las angulas) cuando es adulta representarían 300 kilos? Hay que dejarlas crecer. ¡Qué desperdicio! -“Saps què? A mi m´agrada cuinar, vaig escriure un llibre fa deu anys, i vaig vendre molts, més de mil”.

(Resumen castellano parlantes: Había escrito un libro sobre su vida y cocina hace diez años y vendió muchos. En estos momentos se planteaba escribir otro pero le frenaba la dureza de la historia).

- "Ara estic escrivint un altre, però és molt dur, no sé si fer-ho, és sobre la vida de ..." no recuerdo ahora , era un familiar, su madre o su tía, pero no se puede quedar en el olvido, ¿sabes? Nosotros nos vamos, pero los libros quedan. ¡Tengo que escribirlo!"

- "A mi hijo se le reventó la vena aorta y lo llevé al hospital. Menos mal que cogí el coche y lo fui a buscar enseguida. Al llegar al hospital de la "Verge de la Cinta", en Tortosa, en seguida vieron de la gravedad del caso y lo cogieron y se lo llevaron en helicóptero a Barcelona. Por el camino, cuando lo llevaba en el coche hacia Tortosa, le temblaba la pierna primero, luego, en nada perdió la sensibilidad. No notaba sus labios, perdió el sabor. Nos paramos a comprar unos chiclets en una gasolinera para quitarle la sequedad, eran los de menta más fuerte y no notaba nada: "Mare aquests xiclets tel 's han donat esbrafats, no tenen de sabor" (creo recordar usó esta expresión). El chico estaba convencido de que estaban malos. Pues mi hijo, desde entonces vive como si no le importara morir. Hace todo lo más arriesgado, a ver si "s'atura una mica" (se para un poco). Estaba en el Nepal y se quedó a dormir en un lago a 4.000 metros de altura. Iba sólo, se bañó de día con sol y buen tiempo y a la noche, en la tienda de campaña, la temperatura descendió a bajo cero. Recogió todo como pudo a media noche y se fue con la "motoreta" que llevaba. Menos mal que encontró a unos soldados que dormían por ahí, ellos lo salvaron de la hipotermia que había cogido. Y no sé a cuantos lugares más ha ido, sin tener miedo a la muerte. Él ya la ha pasado, lo que le viene lo considera un regalo, un... a más a más."

- "Él también podría escribir un libro, como su madre, le comento.

- ¿Uno? Mil podría escribir...

- "Ah, Nepal. Yo también estuve por ahí. En ese viaje me puse a escribir, así que también he escrito un libro y ahora el segundo, justo durante estos días", le comento tratando de hacerme hueco en la conversación.

Me miraba y me seguía contando, y yo; feliz:

- "Vinga menja que després et regalaré el meu llibre, que en tinc un per aquí"

(Me animaba a comer y después me regalaría su libro, del que tenía un ejemplar en el restaurante.)

Comí tan a gusto...

Me alimenté el cuerpo y a la vez el alma.

Contento de ver cómo hay personas que transmiten tanto amor y generosidad con tan poco.

Al rato, se acercó con su libro. Me contó como lo había publicado. Que se había encargado ella de todo. Que había solicitado ayudas, se las concedieron (a algo tan autentico y genuino es imposible no ayudarlo a menos que uno pueda), que un amigo de su hijo realizó las fotografías, Bruno Aragónés. Espectaculares atardeceres en las "muscleres", fotografías del campo del Delta, de utensilios que antaño utilizaban para cocinar construidos por ellos mismos. Preciosas fotografías hechas, sin más ambición, que las ganas de aportar a un proyecto lleno de energía de una mujer trabajadora y tenaz. Que lo editó en el Perelló, creo recordar, que se lo corrigió un amigo suyo maestro de escuela y que lo imprimió en Tortosa. Me contaba todo: lo que le costó, el dinero que ganó. Sin esconder nada a ese extraño, que para ella ya no lo era.

Tengo la sensación de que para Paca no hay extraños. Todos somos uno. Todos estamos conectados. Todos vivimos en la misma casa, nuestra tierra, hoy castigada.

Ella me enseñó eso ayer. Su espléndida cocina pasó a segundo plano, y no por falta de méritos. Sencillamente su inmensa humanidad le adelantó.

Paca, no soy nadie para aconsejar. Pero desde mi humildad y con cariño, me permito decirte: "Sal más de la cocina. Sal con tu libro al mundo. Háblales de ti y de tu vida.

Además de lo interesante de tu vida y de tu forma de cocinar, bañada de tradición y autenticidad, está un espléndido ser humano que eres tú. Tú, tu esencia es un regalo para todos nosotros. Gracias Paca, hoy me has hecho el mejor regalo en mi reencuentro con la vida social tras dos meses aislado: el de la ESPERANZA.

Esperanza y certeza de que nuestra esencia es la que tú llevas de serie. Y que todos la tenemos. Tan sólo hemos estado algo contaminados, unos más y otros menos. Estoy seguro de que este parón nos hará ver muchas cosas y ser mejores personas.

No tenía mejor manera de acabar esta crónica, que cruzándome en tu camino, o mejor dicho; que tú salieras de tus amados fogones en busca de hacer lo que mejor sabes: cuidar de los demás, de todos sin excepción, y yo poder estar ahí.

## ANEXO I:

Qué hago y NO hacía gracias al parón.

- Piso la tierra mojada descalzo.
- Me permito dejarme empapar por la lluvia.
- Cocino a fuego de leña.
- Escribo, leo, duermo, unos días más otros menos, pero descanso al menos.
- Me paro y sonrío a la lagartija "bebé" que se acobia tras la puerta de entrada, las mañanas que se asoma a saludar.
- Quito las malas hierbas, las del jardín y también trato que las del alma.
- Construir una barbacoa Nepalí, (que no es más que como las que vi allí, en el suelo y con piedras en círculo).
- Hablar cada día con papá y mamá.
- Comer sano, aunque con alguna excepción: la pizza de los viernes es sagrada!
- Recuperar mi viejo libro inacabado y ponerle el punto y final. Lo de publicarlo es otro cantar.
- Priorizar.
- Tomar consciencia. Dónde estoy, a dónde voy, con quién estoy en la vida y con quién quiero estar.
- Plantar.
- Comer nísperos bajo la lluvia.
- Coger el limón del té del limonero.
- Querer y agradecer.

- Practicar algo tan extraño hasta hace nada para mí como el Ho'oponopono.
- Leer al Dalai Lama, a pesar de que los monjes budistas con los que conviví un tiempo en Katmandú me advirtieron que ese era el marketing budista. (Sí, los monjes están más avanzados de lo que pensamos por aquí, al menos yo.)
- Imaginar a qué se parecen las nubes.
- Aprovechar este recogimiento.
- Ayer escuché y me gustó: la vida siempre nos quita algo, pero a la vez nos da otra cosa. Trato de ver que nos da la vida en estos momentos.
- Veo lo que no veía, lo que la velocidad no me permitía ver.
- Estar en modo pausa y ver qué ocurre. Si no ocurre nada también vale.
- Observarme.
- Dejar el móvil horas apagado. Sin permitirle que sea mi ladrón del tiempo. Si lo tengo encendido y cerca tengo una atracción innata a ver qué me cuenta.

## ANEXO II:

¿Qué nos ha enseñado este virus?

Que la mitad de los trabajos se pueden hacer desde casa.

Que la otra mitad merecen un salario muy superior al que tienen.

Que la naturaleza renace sin nosotros y que los humanos somos absolutamente innecesarios.

Que sí es posible detener el cambio climático y que no será posible siguiendo el estilo de vida que llevábamos antes.

Que sí es posible dejar un momento nuestros intereses particulares para enfocarnos en el bienestar colectivo.



Son las ideas que me han gustado, extraído de [www.splendidmind.org](http://www.splendidmind.org). Hay otras, que no me han convencido tanto, así que no las anoto.

### ANEXO III:

“Vivir es aprender a perder lo que ganaste”

(Albert Espinosa)

Hay mucho circulando por las redes, demasiado, pero este vídeo de un autor que yo siempre había prejuzgado (quizá mi envidia de escritor de éxito me traicionaba) como marketiniano y superficial (sólo por ver las portadas de sus libros y apenas leer cuatro de sus páginas rápido y en diagonal) confieso me ha encantado.

Os lo recomiendo.

Es la opinión de Albert Espinosa, persona que pasó diez años enfermo de cáncer, perdió una pierna, un pulmón y un trozo de hígado... y fue feliz.

Su padre le decía: “Cada año hay que parar el mundo, salir de él, sintiendo que estás fuera de él y al volver sentirás como el mundo te premia”.

Ahora estamos en un mundo que se ha parado. No hemos salido de él, nos está echando. Aceptemos este “Intermezzo” como nos anima Albert Espinosa para crecer y aportar. ¡Chapeau!

Otra bonita frase que nos regala es:

“Los días grises en realidad son días claros fuera de contexto”.

Ésta y más frases en pocos minutos de un bonito canto a la esperanza.

Te recomiendo que veas en YouTube: “Vivir es aprender a perder lo que ganaste”. (Albert Espinosa, escritor).

### ANEXO IV:

¿Qué hacer el día de desconfinamiento total?

Lo tengo claro. Ese día me quedo en casa.

Ese día no lo voy a dedicar a salir por salir, porque nos lo digan. Y más tras ver que nos dejan salir una hora para pasear o hacer deporte se produce un "overbooking" en plena regla. Normal, las personas desesperadas, lógicamente, salen a la calle de manera atropellada, deportistas esquivando paseantes en senderos antes vacíos, cruzándose con otros que a la vez les esquivaban a ellos, eso sí, ante la atenta mirada policial evitando no se superen los dos metros de distancia (algo materialmente imposible en muchos lugares), o que a nadie se le ocurra pisar la arena de la playa, que todavía están cerradas.

No quiero ni imaginar el primer día de desconfinamiento total cómo va a estar todo. Por no mencionar cómo van a estar las terrazas. Van a haber leches por una silla en cualquiera de ellas para tomarnos el cafetito de nuestras mañanas, o el vermut en nuestro lugar favorito. Y quien pille una mesa, ¡no la suelta en horas!, seguro.

Definitivamente, ese día voy a tratar de dedicarlo a sentir lo que ha significado todo esto para mí y para la humanidad. Qué pasos vamos a dar y cómo voy a tratar de aportar en este nuevo mundo que nos vamos a encontrar.

#### ANEXO V: LA FRASE.

"Pienso luego existo", célebre frase que poco me dice ahora. Tan sólo una cosa: cómo la humanidad se ha centrado en el raciocinio como modelo de existencia, el pensar es la única justificación de nuestra existencia, que es lo más valioso que tenemos.

Y yo me pregunto: ¿qué hay de los sentimientos? , parece que durante siglos los tenemos olvidados en un cajón. ¿Si no pensamos, no existimos?, si dejamos nuestra mente en paz , ¿no estamos existiendo? ¿ y qué ocurre si sentimos sin pensar?, ¿si lloramos sin tratar de indagar en el por qué?, ¿si amamos sin razonarlo?, ¿si dejamos nuestros sentimientos aflorar sin que la mente nos los frene?.

Y...¿dónde nos lleva esta pandemia si sólo pensamos para existir?. Quizá se nos esté dando la oportunidad para sentir y para certificar que realmente existimos. ¿qué tal si cambiamos una palabra por otra? , ¿qué tal algo así?:

"Siento luego existo".

Me quedo con ella, sin duda.

Prueba a sentir todo lo que te viene, ábrete y verás como realmente existes.

MIL GRACIAS A...

Gracias a todos los que habéis llegado hasta aquí.

Gracias a Bel que siempre reías a carcajada limpia al leerme, cuando yo más dudaba.

Gracias a Elsa que me animaste cuando yo enterraba esta crónica, además de regalarme el título del libro, que me encanta.

Gracias Teresa por darme paz en este confinamiento y aunque lejos, hacerme sentir cerca de él.

Gracias, hijo, por tu bondad. Te quiero y eres siempre mi inspiración.

Gracias familia porque sin vosotros no sería quien soy.

Gracias "Memé y Juan" por darme a conocer ésta, vuestra tierra: Tortosa y alrededores.

Gracias a todos los vecinos de "La Lloma" por vuestra calidez humana.

Gracias Isabel y Kike por vuestra confinada compañía.

Gracias Montse por tu cariñosa caja de víveres.

Gracias Nuria por estar siempre ahí, con Txema.

Gracias Anny y Mikel, por vuestra hospitalidad al intruso, que espero no ser más. Sino uno más, con vuestro permiso.

Gracias Alexia por maquillar esa página, que no se si es tan guapa como dijiste, pero sí honesta e ilusionada.